

• ISBN: 978-958-8943-19-0

El cuento como estrategia pedagógica: Una apuesta para pensar-se y narrar-se en el aula

José Federico Agudelo Torres



El cuento como estrategia pedagógica: Una apuesta para pensar-se y narrar-se en el aula

José Federico Agudelo Torres

2016



371.332 A282

Agudelo Torres, José Federico

El cuento como estrategia pedagógica : una apuesta para pensar-se y narrar-se en el aula [recurso electrónico] /

José Federico Agudelo Torres. -- Medellín : Funlam, 2016
113 p.

Incluye referencias bibliográficas

MÉTODOS DE ENSEÑANZA - CUENTOS; CUENTOS -
COLECCIONES

El cuento como estrategia pedagógica: Una apuesta para pensar-se y narrar-se en el aula

© Fundación Universitaria Luis Amigó
Transversal 51 A 67 B 90. Medellín, Antioquia, Colombia.
Tel: (574) 448 76 66 (Ext. 9711 Departamento de Fondo Editorial)
www.funlam.edu.co - fondoeditorial@funlam.edu.co

ISBN: 978-958-8943-19-0

Fecha de edición: 15 de noviembre de 2016

Autor: José Federico Agudelo Torres

Corrección de estilo: Rodrigo Gómez Rojas

Diagramación y diseño: Diana Ortiz Muñoz

Edición: Fondo Editorial Luis Amigó

Coordinadora Departamento Editorial: Carolina Orrego Moscoso

Hecho en Medellín - Colombia / Made in Medellín - Colombia



El libro *El cuento como estrategia pedagógica: Una apuesta para pensar-se y narrar-se*, publicado por la Fundación Universitaria Luis Amigó, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden encontrarse en <http://www.funlam.edu.co/modules/fondoeditorial/>

Para citar este libro siguiendo las indicaciones de la tercera edición en español de APA:

Agudelo Torres, J. F. (2016). *El cuento como estrategia pedagógica: una apuesta para pensar-se y narrar-se en el aula*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Luis Amigó.

Dedicatoria

A todos aquellos quienes a través de su palabra, su voz y su narración; logran dar nuevas formas a la narración, a la voz y a la palabra de aquellos a quienes interpelan.

Contenido

Prólogo

Para pensar-se

Acerca del cuento.....	10
Sobre el cuento y la pregunta.....	14
Re-pensar la escuela.....	18
La escuela: una fábrica de cuentos.....	23
Sobre la escuela, el otro y el cuento.....	27
De los binomios lineales a los polinomios complejos en la escuela.....	31
Del retorno de la palabra.....	35
Del cuento y el currículo.....	38
Sobre la estrategia.....	41
Sobre la escuela y la mismidad.....	44

Para narrar-se

La promesa.....	47
Profesiones.....	49
Los colores.....	54
La escuela de las preguntas.....	56
Ironía.....	61
La clase de filosofía.....	62
La apuesta.....	64
Artistas.....	66
El cumpleaños del filósofo.....	67
Las preguntas del maestro.....	70
La oración.....	72
La vejez.....	74
Los creyentes.....	76
La reinención de la felicidad.....	78
De maestros y estudiantes.....	80
El salario.....	82
La muerte.....	83
La escuela culpable.....	85
Al final de todo.....	88
Bailar.....	90
El destino.....	91

Oportunidad.....	92
El maestro leñador.....	94
El trabajo.....	95
Los doctores.....	97
Corrupción.....	99
Metáfora.....	100
Memoria.....	101
Buenos deseos.....	103
Reconciliación.....	107

Bibliografía

Prólogo

Pensar en el cuento, en la intención que le impulsa, en la narración que le anima, en las palabras que evoca, en aquellos quienes prestan su voz, en aquellos otros que ofertan su oído y en las diversas e infinitas relaciones que se tejen entre todos los sujetos implicados en el dialógico ejercicio de la narración; es iniciar la génesis del descubrimiento de su asidero, de su subterfugio y de su razón de ser.

El cuento, la palabra y la narración son elementos consustanciales a la escuela, han estado allí desde los primeros tiempos cronológicos, han soportado la movilidad propia de un mundo activo y han generado miles de sentires entre todos aquellos que le han visitado. El tiempo del cuento supera por mucho la linealidad del tiempo cronos y en cambio, nos exhorta a visitar los infinitos sentidos y los miles de significados que habitan en los mágicos tiempos Kairós.

Apostarnos por el cuento como estrategia pedagógica, señala nuestro autor, es resemantizar el incalculable y el insondable valor de la palabra que habita en nuestras muy incalculables e insondables aulas escolares; es retornar al conocimiento que se devela en tanto descubre la más íntima esencia de aquel quien dice la palabra. Nos narramos cuando advertimos algo de nuestro interlocutor en nuestro propio discurso, la palabra no existe únicamente para decir el mundo, pues ella nos incita irremediabilmente a decirnos en el mundo que habitamos y a diseñar neófitos mundos y nuevas formas de habitarles.

El territorio del cuento es la geografía de la existencia misma, su decir se escribe en los escenarios en los que decimos la vida y su sentir y su experiencia nos convocan a la ampliación de los horizontes de sensibilidad con los cuales conocemos el mundo, la escuela, la escuela del mundo y el mundo de la escuela.

En una época y en un tiempo donde la velocidad es considerada virtud, la virtud es entendida como poder y el poder se asemeja a todo aquello que rememora lo furtivo, lo rápido, lo fluido y lo efímero, esta apuesta pedagógica propende, mediante el cuento, por recuperar la calma que ha de habitar en la voz del maestro, por re-significar el sentido de la escucha que ha de coexistir en el ser del estudiante, por resemantizar las relaciones que se tejen entre ambos y por exhortar a la comunidad educativa a un sereno ejercicio de la palabra, de la voz y del acto mismo de narrar.

En la actual obra se presentan diez reflexiones sobre el cuento, la palabra, la narración, el currículo y la escuela; así como una colección de treinta cuentos, todos ellos referidos al mundo de la educación, al quehacer del docente en tan maravilloso universo y al despliegue del estudiante en ese espacio asombroso. El cuento como estrategia pedagógica, sostiene nuestro autor, ayuda a formar en valores, genera estados de contemplación y conciencia, incrementa los niveles de escucha, origina vínculos con el pasado y la tradición, potencia la imaginación, enseña a pensar intuitivamente, provee de nuevas preguntas y nos recuerda, mientras nos vincula con el futuro, que lo más humano en el hombre también puede decirse en lógicas narrativas y en lógicas no lineales.

La invitación a tener un cuento que decir, a ser dueño de un cuento para escuchar y a poseer un cuento para pensar; no solamente espera quedar plasmada en estas líneas, sino que pretende hacerse vida en cada una de las narraciones presentes y encarnarse en cada una de las narraciones futuras.

Flor Uveny Ortiz Vélez



...
Para pensar-se...
...

Acerca del cuento

Y qué pensar de aquellos hombres que en medio de la abundancia,
mueren de hambre por temor a la escasez.

Agudelo, 2012

Reducir el cuento, el arte de narrarle y el oficio de escribirle a un mero ejercicio metódico y lineal, es similar a creer que la potencia e inconmensurable fuerza del viento puede ser juzgada por la ligereza del aire. El cuento como constructo cultural, como herencia de aquellos tiempos que nos vinculan con la memoria y como esos escenarios en los que nos relacionamos potencialmente con el futuro, ha de ser invitado y huésped de la escuela.

El cuento en tanto narración es una forma de hacer conocimiento, es una manera de unirnos con la otredad y una posibilidad, móvil y movilizadora, de alejarnos de las posturas estáticas, paralizantes y paralizadoras. El cuento nos convoca a pensar en red, en tejido, en urdimbre; nos aleja de la visión dicotómica establecida entre aquel que escucha y aquel que habla, brindando nuevas posibilidades epistémicas, exhortando a neófitas lecturas de la realidad y convocando a la conquista de extraños territorios pedagógicos.

El ejercicio propio del narrar se constituye en un acto de revelación, donde el que narra se apuesta a sus interlocutores y estos últimos descubren algo del yo más íntimo de aquel que se revela. Es en este ejercicio dialógico en el que maestro y alumno se vinculan y recuerdan que la palabra siempre descubre algo de ellos mismos, pues entre aquel que se muestra y aquel que le devela siempre hay puntos de encuentro y puntos de tensión. El maestro que caminando con sus estudiantes comparte sus saberes, otorga mucho más que sus propios conocimientos; pues su discurso descubre sus intereses, sus interrogantes y sus anhelos más profundos. Recordando que aquel que enseña ha de estar siempre a la búsqueda y que, tal como sostiene Freire (2005), la búsqueda es siempre una esperanza (p. 79).

El que narra deja de ser un simple testigo y en cambio se transforma en protagonista del saber mismo, de igual manera aquel que escucha; a diferencia de lo que pensó la escuela tradicional, no permanece inmóvil pues adopta diversas posturas frente al discurso. Así, nos resulta claro comprender que entre aquel que presta su voz y aquellos que ofertan su oído, existen y emergen múltiples e infinitas posibilidades. Incluso aquellos que aparentemente son inmunes al discurso de quien habla, corren el peligro de ser atrapados por algún prestidigitador de palabras, por algún mago de la narrativa o por algún partícipe implicado en la acción discursiva, que bien sea dicho de paso, suelen ser muy convincentes; véase el caso de aquellos que trabajan vendiendo ideas, de aquellos que trafican con jóvenes saberes y de aquellos otros quienes con sus experimentados saberes hacen ver neófitos a los dueños de saberes oxidados.

Y así como el presente está siempre constituido por un pasado que lo habita y por un futuro al que anticipa (Castoriadis, 1998, p. 112); el cuento como aquella acción que se relata mientras el individuo se desvela, habita en ese tiempo sin tiempo y en ese lugar que bien podríamos ubicar en cualquier lugar. Pensar la escuela y las múltiples y complejas relaciones que se establecen entre sus diversos agentes, sin una concepción amplia y generosa de la narración, es sin lugar a dudas pensar en una escuela incompleta, fragmentaria y diatópica.

El maestro como gestor de narrativas es simultáneamente voz y palabra, oído y escucha; es agente de transformación y se transforma al unísono, es sabedor de su movilidad mientras se mueve y convoca, desde su propia exhortación, a la práctica reflexiva y a la reflexiva acción de practicar y ejercer su rol a través de la palabra. Es sabedor de la fuerza y la potencia que se halla en el discurso, pues el discurso es su lugar de trabajo, así mismo sabe de la energía propia que habita al interior del acto de narrar y se ocupa, no en pocas ocasiones, de visitar lugares que no son sino en el ejercicio de la palabra.

El cuento es abismo infranqueable, pero también es puente para cruzar; es la distancia que existe entre los hombres, pero también son los hombres que existen en la distancia. Podríamos decir que es la voz que clama por ser escuchada mientras ella misma disfruta de su propia escucha y en este ejercicio revive lo que desea decir una y otra vez.

El tiempo del cuento exhorta a pensar en la superación de la trilogía del pasado, el presente y el futuro, propia de la linealidad cronológica que nos ha sido heredada y, en cambio, nos convoca a repensar en aquellos escenarios del tiempo *Kairós* (*καιρός*), ese tiempo en el que habita y vive el sentido y el significado propio de todas las cosas que sobreviven a la linealidad y nos hacen pensar en urdimbres, tejidos y espirales.

¿Existe acaso un tiempo más valioso que este?

¿Dónde queda el “dónde” de los cuentos, sino en la superación de toda la geografía que sucumbe a la ubicación generada por la brújula? ¿Cuándo es el “cuándo” de los cuentos, sino en un tiempo que es distinto y lejano a la virtud cuantitativa del tiempo que nos fue enseñado en la escuela?

Existen pues espacios y tiempos que le son propios a los tiempos y a los espacios de la narración, que le son menester al ejercicio mismo del narrar y como tales superan nuestras visiones cuadrículadas y ortodoxas; el cuento es un territorio lleno de posibilidades que, sin lugar a dudas, han de ser consideradas en la escuela.

No se narran solamente conocimientos, pues en este ejercicio el “yo” más íntimo del narrador encuentra un lugar para “ser”; tampoco se narran únicamente sensaciones, pues en esta práctica el sentir del que narra, se hace uno para con él mismo y entre conocimientos y sentires, sobre el sentir y el conocer, se hilvanan nuevas y más complejas formas de sentires y saberes.

¿Qué estamos narrando en nuestras escuelas, qué dictaminan nuestros currículos y cuál es el sentir del narrador con el que se con-vive en las aulas?

¿Quién resulta digno de ser narrador en la escuela y qué rol histórico se le ha asignado a quienes escuchan su voz, pero no la repiten?

La invitación a que la palabra sea la mediadora entre todos los sujetos, implicados e implicadores, en la escuela; resulta ser una apuesta de suma importancia, máxime cuando en esta época pareciera haberse desvirtuado la palabra misma. En un mundo donde el pensar rápido es virtud y donde la virtud pasa rápido, se hace menester invitar a nuestras prácticas educativas a un ejercicio narrativo que nos devuelva algo de tiempo, algo de “lentitud”, algo que nos re-vincule con nosotros mismos, pues, al fin y al cabo, ¿no somos lenguaje?

En un mundo donde la utilidad, el intercambio y el economicismo lo invaden todo (Mélích, 2002, p. 83), el cuento y las potencialidades que nos obsequia claman por ser protagonistas e invitadas en la escuela. En estas épocas de sobrevaloración a lo instantáneo, de culto a lo efímero y de confianza en lo pasajero, el cuento nos recuerda aquella metáfora que se transforma en el tiempo y que logra ser tiempo mientras cambia; tal vez por eso la voz de un maestro es metáfora que trasciende y trascendencia que se dice en metáforas.

Apostar-se por una estrategia pedagógica que ubica el cuento como puente y como eje primordial de la reflexión en el aula, es proyectar y proyectar-se en una narración vinculante y vinculadora de la otredad. El temor en el aula abre las puertas a una potencial retirada, convoca al abandono y al abandonar-nos, aleja nuestros sentires de la capacidad de hacer, mientras in-capacita nuestra capacidad de hacer frente a nuestros sentires. El cuento como despliegue de humanidad nos acerca a nuestro ser distinto, nos vincula con aquellos que no somos y durante un extraño tiempo, que supera la linealidad del cronos, podemos afirmar que “somos” en el tiempo mágico del cuento.

Una narración puede ser magia, música, paisaje, arte, horizonte, dibujo, exaltación, creación inédita, provocación y súplica; en ella convergen los avatares, los azares, las creencias y las más íntimas esencias de aquel quien narra.

¿No es acaso esta la esencia de un maestro?

¿No es acaso este el ejercicio y el quehacer cotidiano del maestro que piensa en un hacer qué en la aula?

Invitar a los maestros a narrar mientras se narran en el aula, recuerda aquella exhortación realizada por el viejo filósofo griego en su carta a Meneceo, cuando le convoca a filosofar y le invita a seguir filosofando diciendo: “nadie por ser joven dude en filosofar, ni por ser viejo de filosofar se hastíe. Pues nadie es joven o viejo para la salud del alma” (Epicuro, 1998, p. 23). Así mismo, ningún maestro resulta arcaico o neófito frente al sublime y humanizador ejercicio de relatar mientras se es relatado en un cuento y de contar mientras se es contado en una narración.

El maestro que al amparo de su conocimiento logra tender puentes entre su discurso y el ajeno y extraño discurso de sus muy ajenos y extraños discípulos, ya ha conquistado algo del corazón de sus oyentes y ha descubierto algo de su propio corazón; el alumno que a la sombra de las palabras de su maestro comprende que aquellas han nacido de un millar de intenciones y poseen una móvil intencionalidad, también ha logrado cautivar el alma de su interlocutor, al tiempo que ha descubierto algo de su propia esencia. El cuento es también intencionalidad, causa, apuesta, estrategia, arte, postura y puente.

¿Quién en medio de una centuria llena de música quisiera ser como un címbalo sordo y mudo?

¿Quiénes en una época de develares y develaciones añorarían permanecer en la estática de una idea, mientras se descubren las movilidades y los rizomas propios de un pensar y un pensamiento?

¿Dónde sino en la escuela puede un cuento generar emancipaciones y libertades futuras, puede un hombre acercarse a todo aquello que no es y puede, sin embargo, tentar al presente para que este sea?

El cuento como estrategia pedagógica es oportunidad, la oportunidad como consecuencia de un trabajo intencionado e intencional es cercana a la realidad, y la realidad es, en sí misma, esencia y esencialidad del mundo y del vivo mundo del cuento.

Sobre el cuento y la pregunta

Sin preguntas móviles, para qué enseñar;
con respuestas fijas, para qué aprender.

Agudelo, 2015

A diferencia de algunas posturas literarias, de muchas de las convicciones entre los maestros o de las muy abundantes suposiciones de los estudiantes, el cuento, como narración y acción de vida, no se reduce a la respuesta que se adopta frente a un quehacer educativo, no se minimiza en un hacer didáctico y mucho menos se atomiza en un ejercicio vacío de reflexión pedagógica. El cuento no es solamente para entretener, sino para causar y ser causa de revoluciones. No se narra únicamente para saber más, se narra para aprender a preguntar y para generar más y mejores preguntas.

Como acción discursiva conlleva a movi­lidades académicas, a retos intelectuales, amplía los horizontes y las bases axiológicas con las que pensamos el mundo, la realidad, la realidad del mundo y el mundo de la realidad. El cuento nos conlleva a pensar en preguntas que no se permiten en la narración lineal de los fenómenos naturales, nos exhorta a pensar en lugares que están lejos de aquellos que no son generosos para con su creatividad, nos presenta personajes cuya existencia se permite más allá del formalismo de la lógica mecanicista y nos incita a visualizar, una y otra vez, acontecimientos que desbordan los límites de aquello que se podría esperar a la luz de la razón ilustrada. Un adecuado ejercicio narrativo nos recuerda que para aquellos cuya imaginación no vuela, el caminar siempre les resulta suficiente.

La pregunta por el cuento y la pregunta inserta en él, nos recuerda que sin su enraizamiento al mundo de la vida, el mundo mágico del cuento se torna estéril y vago. El cuento se reviste de carne en la figura de aquel que narra y se forja a un espíritu en la metamorfosis que sufre aquel quien escucha.

El valor exegético del cuento no se mide por su forma o su función, sino más bien por la potencia creadora y transformadora que logra sembrar y cultivar en todos aquellos que son su auditorio, su escenario y su propia voz.

Y de la misma manera en que la evolución de un determinado discurso epistemológico está mediado por las preguntas que dicho discurso genera; así mismo, los interrogantes y los cuestionamientos que del cuento emergen evidencian su movilidad, su dialogicidad y su capacidad auto-poética en su más consustancial acción vital. Bien haríamos entonces en afirmar que del tránsito entre el complejo y entramado mundo del cuento, al entramado y complejo mundo de la realidad; el sujeto asume sus posturas, realiza sus aportes y re-significa sus posibilidades, sus emergencias y sus hallazgos.

Las preguntas por el pasado, el presente o el futuro son desbordadas por el sentido y el significado en el asimétrico tiempo del cuento. Los cuestionamientos por el origen y los temores por el final son reinterpretados desde la génesis de los mismísimos alfas y las postrimerías de los lejanos omegas del cuento; las prácticas de las virtudes y los ejercicios de la moral son reinventados en la vida a-temporal del cuento. Y entre tanto y tanto, tiempo y tiempo, el cuento nos recuerda que más que la oscuridad de su origen, al hombre le preocupa lo impenetrable del futuro hacia el que se encamina (Benedicto XVI, 2007, p. 23), por eso los tiempos venideros en el cuento convocan a miles de movildades futuras, en tanto logran acercarnos a miles de tiempos distantes.

Al hombre no solamente le ha turbado la incertidumbre por su pasado, también le ha mantenido muy ocupado la pregunta por su devenir; al hombre le ocupa el tránsito entre su génesis y su apocalipsis. El cuento como ejercicio de disertación, como interpretación nacida del asombro y como práctica que le vincula a la otredad, lo ha acompañado durante tiempos inmemoriales, le ha permitido expandir su mismidad y lo ha puesto en el lugar donde el lenguaje ha sido tolerante, permitiéndole decir lo que era indecible, mientras piensa lo que era impensable.

El cuento nace a la base de la pregunta, crece a la sombra de los cuestionamientos y se nutre de los interrogantes del hombre frente a su propio ser, a sus transformaciones, a sus constantes devenires y a su devenir constante. La respuesta objetiva, aquel discurso que se inmortaliza en mortajas de lógicas fijas, no le satisface, ni le supone frutos a su visión de realidad, pues en el arte de narrar el sujeto se narra como algo que trasciende las estructuras sintácticas y es convocado a experimentar nuevos escenarios semánticos. Así, aquel que vive el cuento es llamado a desplegarse en un eterno ejercicio de hermeneuta.

¿No es acaso esta la finalidad del quehacer docente, interpretar una y otra vez para luego realizar nuevas y tal vez más potentes interpretaciones?

Hoy, en una época de parcelaciones cerradas del saber y parcializaciones privadas del conocimiento, deseamos pensar la existencia del cuento desde un pensamiento biodegradable, desde un pensamiento transformador, desde un pensamiento complejo. La razón y la ciencia moderna que comenzaron desencantando al mundo (Terrén, 1999, p. 183), acabaron desencantándose a sí mismas, pues resultaron escasas y estériles ante las nuevas reformulaciones de un mundo también desencantado y desencantador.

Pensar en un cuento y una narración biodegradable es el esfuerzo del maestro por retornar a la magia, a la mística y al asombro de las preguntas que nacen constantemente, luego de que constantemente fallecen las respuestas. Así, entre el nacimiento de las unas y el ocaso de las otras, el cuento y su ejercicio

se reconfiguran una y otra vez, evidenciando esa capacidad que le torna biodegradable. Las preguntas y las respuestas se vuelven pues efímeras y es precisamente esta virtud que las relaciona con la infinitud, “ser efímero es estar amenazado de eternidad” (Ochoa, 2011, opinión).

En el ejercicio del cuento, los roles de maestro-alumno tienden a ser más movedizos y asimétricos, pues ha de resultar claro que en dicha práctica todos asumen un rol de enseñanza – aprendizaje–evaluación. Recordándonos que “la educación debe fundarse en la conciliación de sus elementos constitutivos, de tal manera que todos ellos se realicen, simultáneamente, educadores y educandos” (Freire, 1993, p. 73).

¿Cómo entiende la escuela de nuestros días el acto de preguntar, el ejercicio de preguntar-se y el rol de ser quien pregunta?

El cuento como lugar de encuentro, de tensiones y emergencias se constituye en territorio propicio, en escenario favorable y en provincia benéfica y beneficiadora para todos aquellos que desean preguntar, mientras son inquietados por la pregunta misma; pues la naturaleza narrativa de nuestro ejercicio, no solamente lo permite, sino que lo demanda. No existe pues una genuina pregunta, sin una auténtica y legítima postura de aquel quien pregunta, recordemos que “toda pregunta es a su vez respuesta, tal es la dialéctica en la que nos hallamos inmersos” (Gadamer, 2004, p. 58); y que a su vez no existen cuestionamientos sin la postura de humanidad de aquel quien cuestiona.

El interrogante del sujeto por su mundo exterior es también el cuestionamiento por su propio e interno mundo; es una construcción que se da en un tiempo acorde a la configuración misma como sujeto, es además esperanza, contingente e insegura, frente a un mundo inseguro y contingente. El cultivar-nos en el hermoso arte de preguntar; se constituye en tarea, fundamental e inevitable, de aquella escuela que pretende enseñar a cuestionar-nos mientras nos descubrimos.

El sujeto se constituye como tal en el ejercicio y en el arte de preguntar y preguntarse; no solamente por asuntos de episteme, sino también por tramas de otredad y problemáticas de humanidad; tejidos que se constituyen en finos y reparadores bálsamos para la intuición.

¿Qué es el reconocimiento del sujeto como sujeto, sino un ejercicio cuestionador y dialéctico, entablado entre la complejidad misma del sujeto y el complejo mundo que le es propio?

¿No es acaso esta actividad de preguntar y preguntar-se una de las teleologías propias de la escuela, uno de esos génesis que esperamos se torne en éxodo, de manera que el camino no se convierta en una estructura señalada, sino en un recorrido para construir?

Comprender la movilidad innata del cuento, el ejercicio diatópico de narrarle, el rol restaurador de quien narra y las movilizadas posturas de quienes escuchan es comprender que una estrategia pedagógica puede ser tan amplia y generosa como tan generosa y amplia sea la concepción de aquellos que intervienen en el acto mismo de educar. En este sentido el maestro, como quien dirige una orquesta, ha de ser poseedor, beneficiario, rentista y acreedor de la batuta que lo significa.

La comunidad que se cuestiona, mientras es cuestionada por aquel maestro que se narra, es sin lugar a dudas caldo de cultivo para el ejercicio sincero de la pregunta y para el quehacer verdadero del cuento. Las emergencias que se tejen entre los sujetos que cuestionan y se cuestionan, son la imagen viva de una comunidad de indagación. Y así como “durante mucho tiempo se sospechó que la filosofía, a pesar de su apariencia inabordable y su aspereza, contenía dentro de sí tesoros pedagógicos de gran importancia” (Lipman, 1998, p. 21), también podemos sospechar que el cuento, desde su carácter afable y tranquilo, tiene la capacidad de liderar grandes revoluciones, de potenciar indecibles preguntas y de convocar a indecibles respuestas; máxime cuando nos ha de resultar claro que sin la existencia de preguntas móviles y con la presencia de respuestas fijas, el ejercicio del narrar y la práctica de narrar-nos, se tornaría en un hacer estéril y moriría en un acto intrascendente lleno de hastío y muy probablemente, vacío de nuevas significaciones.

Y como al funeral de las buenas ideas siempre está invitada la violencia, el maestro deberá ser un creador incansable, un inventor perseverante y un ingenioso artífice de nuevas cosas, de manera que las buenas ideas y las preguntas nobles no mueran sin ver la luz en la escuela.

Re-pensar la escuela

Si leer es un acto de cultura y escribir es un acto de valentía,
la invitación del maestro es a “ser” cultos y valientes.

Agudelo, 2012

Pensar hoy la escuela es pensar en un haz de relaciones complejas, en un nodo rizomático de circunstancias y devenires, pues su misma naturaleza desborda la mera conceptualización del término; repensar la escuela no es otra cosa más que reafirmar la complejidad de dicha institución y exhortar, una y otra vez, a su constante construcción y deconstrucción. Tal pareciera que en estos tiempos contemporáneos nos fuese imposible advertir una escuela que no pague peaje en la estación del respeto, que no le tribute impuestos a las posturas éticas y mucho menos que no le rinda un debido tributo a la otredad, a la diversidad y a la policromía de lo humano.

Hoy, más que nunca, las problemáticas de la educación y las problemáticas en nuestras escuelas desbordan toda actitud conceptual, toda definición simple y toda nominación lineal; la escuela de la que hablamos es aquella que no se preocupa por ser nombrada, pues no le tiene miedo a lo innombrable, tampoco se preocupa por ser objeto de estudio epistemológico, pues ella se sabe a sí misma como objeto de existencia y allí radica su episteme; su posibilidad de ser y de tener un nombre.

Ella desafía los límites del lenguaje, las ideas del azar y los azares, las conceptualizaciones del destino y los vaticinios de la suerte; pues la escuela de la que hablamos es capaz de sumergirse en su más íntima esencia, de succionar el más puro de los cálices de su existencia y de saciarse una y otra vez con el zumo de su propio tuétano. Así, la escuela se asemeja a esa postura responsable y ética que se asume frente al otro, frente al mundo, frente al mundo de los otros y frente a los otros del mundo.

Muchas de las realidades que acaecen en nuestras escuelas son realidades inéditas, asuntos que por vez primera le acontecen al sujeto y que por esa condición de novedad proyectan a los individuos a un sinfín de posibilidades; de ahí que la escuela deba permitirle al sujeto vivir mientras vive y narrarse mientras es narrado. En la escuela hemos de aprender que la comprensión posee connotaciones altamente formativas y humanizadoras que se manifiestan en la capacidad de diálogo, respeto, convivencia y amor (Flórez, 1999, p. 151), en este sentido la palabra, el cuento y la narración resultan ser un benéfico escenario para el despliegue de humanidad.

Reinventar la escuela es tener la capacidad de situarse frente a una historia que no es lineal, que escucha la voz de los tristes, de los huérfanos y los desposeídos de existencia, pues en última instancia ellos también son mundo; reinventar la escuela es superar la visión epistemológica de la tradición occidental e ingresar a la esfera de la cual nos habla Morín (1999), cuando convoca al término antropo-ética; es decir, aquella posibilidad y aquella capacidad de pensar en la otredad desde la panorámica del reconocimiento y desde la perspectiva de la existencia misma; la antropo-ética es sabernos y pensarnos dueños de un único destino común, compartir(nos) los logros y los fracasos de nuestro ser en este mundo, en este Titánico planetario.

De ahí que no sea erróneo afirmar que la diversidad no existe únicamente para que yo la reconozca y en ese ejercicio la valide, sino también para que yo, como sujeto de derecho, me sepa como un ser de existencia en un mundo caracterizado por la heterogeneidad, la diferencia y el devenir constante. La escuela ha de ser insumo y materia en la construcción de la utópica sociedad que tanto anhelamos.

Hoy sabemos que la vida en la escuela ha de estar íntimamente ligada al ejercicio de la libertad y la elección, pero:

¿Qué son la libertad y la elección sino la validación y el reconocimiento legítimo de la otredad?

¿Qué sería de la capacidad de elección si no aprendiese a hablar el lenguaje del respeto y no el temeroso dialecto del permiso y la sumisa jerga del temor al más fuerte?

¿Qué pasa cuando nuestra libertad sufre del mal de Alzheimer, y la generación que ostenta el poder de educar a la nueva sociedad no hace sino referir valores anquilosados y petrificados en moldes de desconocimiento e irrespeto por la diversidad?

Me sumo a los que al igual que nuestro buen poeta piensan que “todo acontece y nada se recuerda en esos gabinetes cristalinos donde, como fantásticos rabinos, leemos los libros de derecha a izquierda” (Borges, como se citó en Mateos, 1998, p. 42).

La libertad, la justicia, la prudencia, la verdad, la educación y otros tantos valores no son posibles de ser pensados en un ahora sin pasado, ni en un futuro sin este presente-presente. La reinvención de la escuela convoca a las generaciones que nos antecedieron y de las cuales adeudamos una promesa de libertad y emancipación; pero también exhorta e invita a esta generación actual a pensar en aquellos que aún no llegan y quienes seguramente compartirán y padecerán por las decisiones que se tomen hoy. No existe pues una única idea de escuela, como tampoco existe una única idea de educación; hoy el patio trasero de la escuela, el jardín de la misma y las nuevas aulas que la componen, son el universo entero.

La idea de un destino común vuelve una y otra vez sobre el escenario mismo de la reinención de la escuela y nos recuerda con malicia y picardía que no nos necesitamos los unos a los otros, sino más bien todos a todos; la escuela y la educación son acciones que rememoran nuestro carácter de humanidad y evocan aquella esencia, aquella policromía y aquellos múltiples matices que recuerdan nuestro colorido principio.

Para reinventar la escuela nos es menester pasar de la tranquilidad de la respuesta a la ambición, a la incertidumbre y al deseo de la pregunta; nos ha de ser posible racionalizar lo irracional y volvernos una y otra vez sobre lo irracional de la razón sin razón, nos resulta pues menester ampliar nuestra categoría de “ser”; de igual manera nos resulta importante pensar en esta cuestión:

¿Con qué lenguaje, con qué metáfora estamos nombrando la escuela?

De seguro el lenguaje con que la nombramos está mediado por prejuicios y por estructuras lingüísticas propias de nuestra cultura; de manera que nos hemos de pensar en el ámbito mismo del lenguaje y así nombrar y problematizar de una manera adecuada la escuela misma. “Introducir términos sensibles en educación es renovar el vocabulario pedagógico, con el fin de enriquecerlo” (Bárcena, 2004, p. 91).

No se trata de ahondar, meramente, en las estructuras lógicas de la escuela, sino de hacer una lectura hermenéutica e interpretativa del valor y del accionar de la misma.

La metáfora y el lenguaje exhortan al infinito, estimulan la comprensión y desbordan la mera explicación. Sí nos es claro que soñamos el mundo en el lenguaje que manejamos, también nos ha de ser claro que el lenguaje también es una estructura plástica, móvil y que tiende a la infinitud; pues sin lugar a dudas, la educación se asemeja más a un camino por recorrer que a una meta por conquistar.

En una época donde las palabras desechan, desechable y desechado han recolectado enormes, malvados e indecibles frutos, donde “el consumismo no se mide por la acumulación de cosas, sino por el breve uso de las mismas” (Bauman, 2007, p. 29), donde lo identitario se ahoga en las esnobistas memorias de los sujetos contruidos a la base de lo efímero, nos resulta importante estar alertas y no ingresar en esa esfera de aquella escuela vacía de tiempo y espacio, de aquella educación que se mide en la posibilidad de responder y no en la potencialidad de preguntar, de la escuela que se jacta de ser sinónima y hermana de la idea de bienestar, pero en cuyo desarrollo la otredad se asemeja a un viejo espejo roto y desgastado.

La escuela no puede tornarse en un objeto simple, no puede reducirse al satisfactor que interviene una necesidad, tampoco puede ser equiparada a una vida tranquila y sin penuria, la intranquilidad y la carencia juegan un rol de vital importancia en el escenario de la existencia humana, pues nos ha de ser claro que la necesidad es ciertamente hermana de la creatividad y que las lágrimas son dignas de ser invitadas a la escuela.

La educación es un estado para contemplar y experimentar la contemplación, es una metáfora para compartir y una alegoría nueva para crear, es un lenguaje para comprender-nos- y una postura política para asumir-nos. De ahí que ella hable en un lenguaje libertario y subversivo, no libertino y sedicioso, de toda aquella esfera que envuelve nuestra presencia en este mundo y de la potencialidad y la fuerza de la interpretación abierta e infinita. Se es educado cuando se “es”, se “es” cuando se es “reconocido” y nos “reconocemos” cuando “somos”. La escuela es pues un lugar para “ser”.

Nos resulta menester, en este punto de la reflexión, hacernos una pregunta frente a la problemática de la educación, a saber:

¿Cómo pasar, cómo transitar de una ontología de la esencia a una ontología de la existencia cuando hablamos sobre educar? Es decir:

¿Con qué lenguaje hablaremos de la trascendencia del educar, en un mundo marcado por la zozobra, la angustia y el desasosiego frente al ejercicio mismo del educar?

Tal pareciera que existiesen tantas respuestas a este interrogante, como tantas reflexiones genera el interrogante mismo, así, la cuestión queda vasta, amplia y abierta; de manera que nos resulta claro advertir que la escuela es un asunto complejo y que el abordaje a dicho haz de problematizaciones nos convoca a un asunto multidimensional donde logremos superar la lógica del significado y nos adentremos en la plástica de los mil y un significantes; la exhortación se hace entonces a construir una síntesis comprensiva de la problemática de la escuela y a superar la sintaxis lógica por la explicación de su existencia misma.

La educación en tanto acción humana, nos permite transitar entre las mil realidades propias de nuestra existencia y las miles de esperanzas propias de aquella reflexión que propende la consecución de todo lo anhelamos, en tanto sea compasivo, bello y justo.

El maestro contemporáneo habita pues en regiones y relieves donde la escuela no puede limitarse a ser pensada como pensamos aquellos anhelos lejanos e irredentos, propios de tiempos sin tiempos y espacios sin asideros interpretativos; al maestro contemporáneo le corresponde más bien, re-interpretar-se y re-sorprender-se como sujeto mismo de acción; es decir, como sujeto en procura de educar-se.

Re-inventar la escuela, re-pensar el objeto que nos convoca y re-construir las imbricadas relaciones que se han de establecer, son asuntos de digna reflexión pedagógica.

¿Cómo concebir el cuento como estrategia pedagógica y no como simple ejercicio metodológico en nuestras aulas y nuestras escuelas?

¿Cómo potenciar un currículo generoso en el que haya espacio para el cuento y la narración en nuestras escuelas?

¿Qué docentes convocar a este ejercicio académico?

Estos y muchos más interrogantes han de evidenciar-nos la ruta estratégica para tan noble ideal. Comprender que toda narración encierra, enmarca y dice algo de nuestros más íntimos asuntos es una reflexión que se ha de llevar al aula y a la escuela. Aquellos escenarios educativos que solo piensan en resultados dicen algo de su más entrañable constitución, aquellos otros que construyen desde las cimientos de lo económico, su proyecto de existencia, también dibujan algo de su tuétano; al igual que todos aquellos otros lugares que, pensando solo en un límbico asistencialismo, educan sin norte y sin esa noble teleología que le ha de ser propia a la escuela contemporánea.

El cuento no es pues ese lugar vacío de realidad, lejano de nuestros anhelos y con más similitudes a lo fantástico que a lo posible, él es más bien ese punto de encuentro donde la realidad y la fantasía despliegan escenarios de posibilidad. Lo que emerge de la realidad y las mil y unas realidades emergentes de nuestros tiempos, tiene entonces la facultad de dialogar en el entramado complejo de la narración y en el dialógico momento del hacer discursivo. De manera que el hacer pedagógico de la escuela no se comprenda única y exclusivamente como una estrategia que narra la realidad, como algo ajeno a quien escucha, sino más bien como ese hacer que otorga vida a todas aquellas realidades, inestables y movedizas, que enmarcan el movedizo e inestable ser de la escuela.

¿Qué hacer para que en muchas de nuestras desvencijadas ideas de escuela, se explique menos y se dialogue más? Recordemos que aquel maestro que se excede en la instrucción, termina por adormecer la curiosidad de su alumno, al igual que aquel enseñante que convencido de poseer el don de la palabra, no hace más que acallar la palabra de su interlocutor.

¿Existe acaso una mejor manera de invitar el conocimiento a nuestras escuelas, que no sea por medio de la narración de aquel maestro que se confiesa ignorante, mientras convoca al aula todo lo que sabe y lo enmarca en todo lo que ignora?

Paradójicamente nuestra ignorancia también enseña, en tanto el exceso de confianza, propio de aquellos que creen saberlo todo, termina por aletargar el todo de aquellos a quienes se les enseña. La re-configuración de la ignorancia ha de estar presente en la re-configuración de nuestras escuelas. Nos resultará menester abandonar ese modelo de pensamiento que considera a la ignorancia como enemiga de la sabiduría, mientras sitúa a cada una de ellas en un extremo opuesto; no es la ignorancia lo que se pretende vencer, sino la conquista del alma entera lo que añoramos lograr y para ello, hemos de re-pensar y re-pensarnos en la escuela.

La escuela : una fábrica de cuentos

Cuando la razón falla en el aula,
la fe ayuda en la escuela.

Agudelo, 2012

Abandonar-nos a todo aquello que nos reconforta en su certidumbre y tratar de re-interpretar el mundo y nuestro quehacer humano es, ineludible y necesariamente, un compromiso del sujeto para con su colectivo y un débito del grupo para con el individuo. La velocidad propia de nuestros días, los afanes de nuestros tiempos y las comunicaciones enmarcadas en nuevos rostros de virtualidad, no son elementos ajenos a la escuela.

Comprender la escuela como el lugar donde aquel que narra no solamente configura un mundo, sino que potencia la génesis y la emergencia de otros tantos, se constituye en reto y oportunidad de nuestra contemporánea idea de escuela. Entender que el auditorio que le es propio al narrador no es una masa amorfa y sin intenciones imbricadas con diversos sentires, es a su vez el alfa de la recuperación de la “voz” y el “vos” del maestro; recordar que la escuela es un lugar para narrar y narrar-se, mientras se es narrado por todos aquellos que constituyen la otredad es un asunto prioritario en nuestras aulas, en nuestros escenarios y en los miles de territorios que construyen y constituyen la escuela.

¿Qué pasa con aquellos que no se narran en la cotidianidad de la escuela?

¿Quién contará sus formas de comprender el mundo, de pensar la realidad y de moverse en el mundo de la realidad y en la realidad del mundo?

Entre el conocimiento que se narra, el auditorio que escucha y el sujeto que narra dicho conocimiento, se generan estados de tensión y se potencian nuevas visiones de mundo. De ahí que el versado en los números, los pesos y las medidas; narre el mundo desde las medidas, los pesos y los números. Tal como lo hace, desde las letras, el sabedor de la literatura, la poesía y las humanidades.

Si la distancia entre el narrador, lo narrado y los oyentes se hace vasta e inconmensurable, la brecha entre el que escucha y el que habla se torna considerablemente más grande, haciendo que el auditorio se extravíe en asuntos ajenos a lo narrado y distantes al narrador.

El maestro se constituye como sujeto que narra, en tanto la narración le requiera, le exhorte y le persuada a abandonar el rol de testigo y le incite a ser guionista, director y protagonista de aquello que resulta digno de ser narrado.

Narrar, al igual que leer y escribir, son actos de producir mundo. Son un hacer-se para que las cosas sucedan y un suceder-se para tener algo que narrar; de ahí que la escuela, como el lugar donde se imbrican todas estas posturas, se torne en fábrica y en fabricante de nuevas y complejas realidades.

¿Quién ha de ostentar el poder para decidir qué historias narrar y qué otras lecciones de vida dejar en el tintero del quehacer de nuestras escuelas?

¿Cómo y por qué seguir callando frente a esas realidades que enmudecen en nuestras aulas?

Todas aquellas realidades inéditas que se dan en la escuela, todos esos nuevos constructos que en ella se postulan y todas esas nuevas formas que en ella se conquistan, resultan dignas de ser narradas, pues cada una nos procura algo sobre el conocimiento de nuestras más recónditas formas de ser, de ser-nos, de pensar y de pensar-nos como sujetos móviles y movilizadores en nuestras muy móviles y movilizadoras escuelas.

El cuento, en tanto ejercicio vinculante y vinculador, se constituye en un conductor y transportador de cultura; en su accionar se originan y se transmutan voces del ayer, deseos del hoy y una gran cantidad de anhelos irredentos, que acaso hubiesen de vivir en el porvenir.

Sus protagonistas, sus relatos y sus acciones convocan a re-crear, no solamente en términos de diversión, sino en términos de generación de nuevas construcciones de sentidos y significados, de nuevas formas que nos convidan a pensar nuestros quehaceres en la escuela, siendo fuente y fundamento de visiones alternativas de mundo, de nuevas exegesis y de dialógicas interpretaciones de realidad.

El cuento, el ejercicio de contar, la escucha y el ejercicio de escuchar, nos advierten la importancia de la otredad en el ejercicio narrativo de la escuela; así, la narración siempre convoca a uno-s otro-s, ella nos recuerda que la palabra es mucho más que la voz de la memoria y que esta última no puede limitarse a ese conjunto de datos sueltos y sin tejido alguno, que se intentan hilvanar en aquellos tiempos que ya no son sino en la memoria misma.

La narración es una forma de hacer conocimiento, es una estrategia para saber mientras nos sabemos, es un acto de revelación; pues aquel que se narra se apuesta por aquellos quienes le escuchan. El cuento exhorta a todos aquellos que le convocan, a ser protagonistas y no simples testigos, a ser implicados directos en la generación de saber y a olvidar esas posturas estáticas e inmóviles, propias de aquellos que no se narran en el ejercicio del narrar.

En la escuela, en nuestras escuelas, los contenidos de conocimiento han de imbricarse con lo humano de aquel que narra, han de fusionarse con el sentir y los sentires de aquellos que escuchan y han de movilizarse, en un dialéctico y complejo hacer, el alma de unos y otros. La escuela es por definición una fábrica de cuentos, ella no solamente cuenta cosas, sino que también interroga al que cuenta y al que escucha, cuestiona al indiferente y al comprometido, a la vez que nos recuerda que toda palabra nos hereda algo y que toda narración nos convoca al rescate de otro algo. Y en un tiempo donde pareciera que vale la pena ir al rescate de tantas cosas, resulta menester re-descubrir la energía del cuento, del lenguaje y de la palabra.

Y así como no existe una utopía que no cuestione de alguna forma la realidad y que piense algorítmicamente; tampoco existe una escuela que no se construya a sí misma a la base de sus múltiples narraciones, de sus infinitos sentires y sus perdurables saberes; la escuela es posibilidad emergente entre nuestro ser y nuestro querer ser, entre nuestras realidades y nuestros deseos de realidad.

En el cuento que narramos subyace una situación que nos vincula con el mundo de la vida, en tanto la vida nos acoge como sujetos de experiencias y como potenciales agentes de narración. El hombre se ha narrado así mismo desde el origen de los tiempos, vinculando a sus vecinos más cercanos; a saber: el miedo, la alegría, el asombro, los animales, la naturaleza, el destino, el arte, Dios, entre otros.

¿No son curiosamente estos elementos los mismos que se narran hoy, después de miles de años, en nuestras escuelas? Y de ser así:

¿Cómo estamos formando a los que pretenden formar-nos?

¿Quién puede ostentar la capacidad de ser formador en un mundo tan amorfo, indecible e indefinido?

La escuela es un lugar para experimentar y experimentar-nos, es pregunta para respondernos y respuesta para preguntarnos, es una esperanza para asirnos y una angustia para des-sujetarnos. Ella es una fábrica de cuentos en tanto es un escenario de vida para vivir-se. El cuento y el arte de contarle no son exclusivamente una respuesta por el conocimiento, sino más bien una pregunta que indaga, interroga y se cuestiona por el acto mismo de aprender mientras se conoce.

Así como el complejo proceso de ir a la escuela no se agota en el logro exclusivo que del aprendizaje hacemos, sino que más bien nos invita a ese estadio de comprensión que del aprendizaje descubrimos; hemos de señalar que el cuento y el ejercicio del narrarle no pueden permitirse ser producto de una ingenua metodología, sino más bien el fruto maduro de una intensa y dialogadora estrategia. El cuento además de ser apuesta lúdica y pedagógica, es academia, es ejercicio intelectual que busca, quiere y

pretende decir algo a alguien, pues aquel que escucha también se dice algo a sí mismo en el acto mismo de escuchar. También es condición y posibilidad emotiva, pues no existe una narración que viva, bien sea en la neutralidad del oyente o bien sea en la imparcialidad del hablante, en una especie de limbo interpretativo.

Así, el cuento y el acto de contarle permanecen ajenos a la estática de una simple narración y en cambio, convocan a nuevos escenarios de emoción. De igual forma, el cuento exhorta al despliegue de nuestro ser volitivo; es decir, nos lanza hacia ese ejercicio práctico de la voluntad. La empresa de pensar en una narrativa que convoque a esta triada, es decir, que invite al ejercicio académico, a la práctica emotiva y al cultivo de la voluntad; se constituye pues en una de las más nobles teleologías de cualquier maestro contemporáneo. El cuento es academia porque tiene algo que decir, es emoción porque lo dice de una particular forma y es voluntad porque encierra y engendra poderes en cada uno de los seres que en él conviven y participan.

Narrar es construir conocimiento, en tanto se imbrica dicho conocimiento con lo humano, es una posibilidad de heredar la palabra y la emergencia de una palabra para heredar al conocimiento; en dicho ejercicio no solamente se “cuentan” cosas, sino que se interroga a quien narra y a quien escucha. Así, la narración es dialéctica y dialogizadora, ella está interesada en el devenir y en el movimiento de aquellos quienes la convocan, la evocan y la practican.

Sobre la escuela, el otro y el cuento

Un profesor sin sentido del humor,
es similar a una flor en blanco y negro.

Agudelo, 2015

Desde mi representación de maestro y mi más íntimo deseo de ser maestro en representación, advierto la escuela como aquel lugar, como aquel espacio y como aquel territorio que se hace más fuerte mientras se des-territorializa y amplía su accionar a todo aquello que es escenario para aprender, a todo aquello que transforma en tanto el mundo entero se trans-forma y a toda aquella nueva emergencia de realidades inéditas que hacen del hacer mismo de la escuela, un lienzo que no se permite estar acabado.

La escuela como comunidad, es escenario de incompletud y por ende, se constituye en una magnífica atmósfera para concientizar y concientizar-nos de la existencia del otro; pues es con el otro con quien se conquista la conciencia de la propia existencia. “La relación del hombre con el hombre deja de ser la relación del mismo con el mismo e introduce al otro como irreductible” (Blanchot, 2002, p. 15).

¿Cómo auspiciar entonces a un otro en el cual se advierte mi propia incompletud?

¿Qué estrategias y ardidés utilizar para conocer a ese otro que no soy yo?

¿Cómo transformarnos en benefactores y beneficiados de aquel saber en el cual nos sabemos incompletos?

La escuela y el cuento, en tanto ejercicios dialécticos y dialógicos, han de ser escenarios de acogida, espacios donde la pregunta y el genuino cuestionamiento por la otredad se permiten ser, mientras se piensan; lugares donde se supere la visión monolítica de la realidad y en cambio, se aprenda a hablar el complejo lenguaje de la policromía de lo humano. La pregunta por la escuela y por el otro, nos recuerdan la imperiosa necesidad de hallar, de potenciar y de construir lugares mediados por la justicia, escenarios transversalizados por la misericordia y territorios cultivados por la verdad, donde aquel *cordis* (corazón) nos recuerde la importancia de ser capaces de sentir la desdicha y la aflicción de los demás.

Si la escuela es un lugar para ser, ¿cómo no ser mientras se “es” en ese lugar?; si la escuela es un lugar para formar, ¿cómo no pensar en los procesos de deformación que han de sufrir todos aquellos que anhelan la formación misma?

Nuestras escuelas han evidenciado el silencioso reclamo de la diferencia, en ellas ha fenecido, una y otra vez, la posibilidad de “ser” distinto; en sus claustros se enseña, no pocas veces, que la verdad es una en tanto permanezca inmóvil y logre sortear los azares propios de una vida azarosa.

¿Quién nos enseñó quién era el otro?

¿Con qué palabras se refirió a lo distinto, a lo raro y a lo anormal?

¿Cómo creímos haber entendido quién tenía la razón?

¿Con qué extraño acento y con qué descomunal fuerza se nos enseñó la diferencia, lo raro y lo anormal?

Todas estas preguntas fueron trabajadas en la escuela, muchas veces desde ópticas y lógicas injustas; donde lo distinto siempre se advirtió bajo lógicas de enfermedad y donde la diversidad no fue más que la legitimización del lenguaje y la jerga del más fuerte.

Re-pensar nuestra escuela ha de obligarnos a re-pensarnos en ella; re-semantizar el rol de todos aquellos que en ella intervienen ha de ayudar, necesariamente, a re-evaluar la postura que en ella asumimos.

¿Cuándo ganar fue más importante que aprender?

¿Cuándo aprender se transformó en competir y competir se convirtió en ejercicio y praxis de nuestra más íntima cotidianidad escolar?

¿Cuándo el saber se fijó por encima del ser y el ser se midió por el saber?

¿A quién se le ocurrió decir que aquel que gana es el mismo que aquel que aprende?

¿Quién nos enseñó a mirar la ignorancia como algo malo y a las cosas malas como algo propio de los ignorantes?

¿Con qué visión nos enseñaron a leer el mundo y cómo visionamos el mundo que leemos?

Entre las brechas, los distanciamientos y los enormes trayectos que pueden habitar entre los hombres y entre los hombres en la escuela, el cuento se presta como puente, como reducto y como conector entre ellos; en una época donde ir al rescate de la palabra es necesario, donde proteger a los narradores es menester y donde concientizar a los oyentes en primordial, la escuela como epicentro de encuentro está obligada a pensar-se una postura de humanidad.

Ella, como territorio de acogida, ha de brindar y brindar-se en procura de la otredad, ha de promover la generación y la emergencia de puentes entre los hombres. ¿Para qué una escuela que nos enseñe a levantar muros frente a la diferencia? La hospitalidad, señalará Lévinas (2008), “es una de las respuestas posibles que el yo interpelado puede dar al otro que le interpela desde su miseria y su desnudez” (p. 216). Resulta menester cuestionarnos entonces por la conducta que asumimos frente a toda aquella desnudez que nos es ajena.

La escuela ha de exhortar al cultivo de la sensibilidad, a la práctica continua de aquel reconocimiento que me recuerda quién soy y rememora quién es el otro. La apuesta y el apostarnos por el cuento como puente y vínculo, ha de verse reflejada en el parentesco y en la relación construida, de manera intencionada, por aquellos que son sujetos de la narración.

¿Cómo entablar relaciones de respeto y reciprocidad, si advierto a los otros desde perspectivas construidas a la base del exilio, la negación, la ilegitimidad y la fobia?

Esta pregunta ha de ser invitada a nuestras escuelas, ha de generar nuevas y más complejas emergencias curriculares, ha de guiar la construcción de alternativos y novedosos discursos; a la vez que ha de ampliar los territorios de humanidad sobre los cuales se desenvuelve nuestro ser en la escuela.

¿Es posible formar y re-formar a nuestros formadores en políticas públicas de hospitalidad, mientras se les invita al abandono de sus posturas más egoístas?

La búsqueda y el ejercicio mismo del buscar son insumos, prolíficos y generosos, en el acto del narrar. De ahí que la pregunta por el otro, por la escuela y por el cuento, no se permita ser adormecida en medio de métodos planos y lineales, sino que convoque a la movilidad y a la movilización de todos aquellos hombres que se comparten algo en la escuela. Es en este universo, no pocas veces paralelo a la realidad que le circunscribe, en el que aprendemos y recordamos que además de nuestras semejanzas naturales, de nuestras similitudes e igualdades biológicas y nuestras conjuntas construcciones cívicas, hemos de recuperar esos anhelos y esos deseos comunes, que no solamente nos vinculan y nos constituyen como comunidad, sino que nos recuerdan que somos narraciones en constante construcción.

La escuela como comunidad de encuentro, como escenario dialéctico y como realidad fluyente debe enseñar que “comprometerse quiere decir que lo que ocurra a continuación, no puede dejarnos indiferentes” (Camps y Giner, 1998, p. 46) y que a su vez, la indiferencia es ciertamente antagónica a la hospitalidad. El mejor cuento que se puede narrar en la escuela, es aquel donde cabemos todos; aquel que nos aferra a ese “humos” etimológico de humanidad.

En estos tiempos presentes donde el ruido se confunde, la fuerza, el arte colapsa ante lo económico, la creatividad se subyuga a la producción y la voz del maestro se disfraza de autoridad, resulta pertinente recordar que en el silencio también se aprende y que en las didácticas de la afonía se cultivan y se cosechan indecibles frutos.

Los contenidos curriculares no pueden ser exclusivamente un bien de consumo, que luego de ser fagocitados, son vomitados y olvidados (Acaso, 2013). Las metodologías y las estrategias para generar conocimientos no pueden estar prestas a la monocromía de una escuela que confunde la didáctica con el activismo vacío de intención, a una escuela que erróneamente piensa que todo aquel que se atraganta de conocimiento queda satisfecho y que proclama la libertad del pensamiento en tanto enseña a no pensar.

El ejercicio discursivo del cuento es oportunidad para ampliar los horizontes con los que advertimos el mundo, al tiempo que aquellos que nos intiman amplían sus propios horizontes; el acto narrativo es potencia de conocer y acto de conocimiento, en su despliegue crece la visión del maestro y se torna grande la mirada del estudiante; así, el cuento concierne a un conocimiento de cosas que a su vez, atañen a muchas otras cosas que se constituyen en conocimiento. Esta postura nos recuerda que “el aprendizaje, en definitiva, es lo que nos permite hacer mañana lo que hubiera sido imposible realizar hoy” (Blejmar, 2007, p. 137).

El cuento y el ejercicio narrativo nos recuerdan que en un mundo de tanto ruido, se hace necesario convocar didácticas del silencio y la afonía, de manera que exhortemos a nuestros estudiantes a pensar que a la sombra del silencio mismo, también se aprende, pues no necesariamente el silencio es afonía y la afonía silencio.

De los binomios lineales a los polinomios complejos en la escuela

Y así como los sueños de un hombre son también los sueños de una sociedad, los males de ésta son también la enfermedad de aquel.
Agudelo, 2014

Históricamente la escuela ha sido escenario y territorio de famosos monomios y diversos binomios, por ejemplo, tenemos la figura del maestro que se deshace en prosa mientras sus alumnos son invisibilizados en el discurso mismo, con lo cual su incontinencia verbal queda en evidencia y su desconfianza en la voz de aquellos a quienes pretende formar, se hace notoria. También advertimos a ese famoso maestro que considera a la capacidad de responder como virtud y a la energía que habita en el acto de preguntar como desobediencia y rebeldía; tenemos incluso maestros que encarnan estas y otras concepciones, ¿cómo olvidar a todos aquellos que nos recordaron que a la sombra del miedo también se enseña y que bajo la penumbra del silencio también se aprende?

Poseemos en nuestras escuelas alumnos que graficarían la vida escolar como una relación de condicionalidad, es decir, como aquella figura de la lógica Aristotélica en la que todo se mide en términos de causa-efecto. Así, muchos podrían pensar algorítmicamente que el resultado de sumar un buen niño, un buen profesor, una buena familia y un buen colegio, nos reportaría un resultado cercano a la excelencia. De igual manera, tendríamos que aceptar que sumar un niño con dificultades, más un mal profesor, más un mal ambiente, tendría que generar un nefasto resultado. La realidad nos recuerda que el mundo y el mundo de la vida no funcionan así y en cambio, nos exhorta a pensar en las múltiples relaciones, no rígidas sino cambiantes, que se hilvanan entre todos aquellos que constituyen y se consolidan como actores de los diversos escenarios educativos.

El tránsito del discurso descriptivo y medible de quien enseña al ejercicio narrativo y experiencial de quien se involucra en su quehacer se constituye en reto y oportunidad para pensar las complejas estructuras que componen nuestras muy enmarañadas disposiciones escolares. La transición entre lo predecible del comentario de quien habla a lo inesperado e incierto de quien narra, en tanto se siente sujeto activo de la narración, es siempre posibilidad y emergencia en la ya emergente posibilidad de la escuela contemporánea. Así mismo, la virtud de sentir el conocimiento como algo propio y no ajeno, la oportunidad de experimentar el saber como algo cercano y no distante y la capacidad de visualizar la más ajena otredad con ojos de comprensión, no con miradas salidas de los medievales tribunales inquisitoriales; se convierten en altos y dignos desafíos de nuestras contemporáneas escuelas.

¿Cómo comprender con estructuras algorítmicas aquellos asuntos cuya naturaleza es ajena al pensamiento algorítmico?

¿Cómo diseñar un currículo que nos procure aprendizajes pertinentes en medio de nuestras muy impertinentes realidades escolares?

La escuela contemporánea no puede permitirse grandes vacíos entre los que hablan y los que escuchan, no puede generar vastos territorios de ignorancia entre los que se sienten dueños de un saber y los que buscan comprender ese saber; tampoco puede acallar a los que buscan sin el ánimo de encontrar y a todos aquellos que encontraron mientras no estaban buscando. Hoy todos hemos de ser hijos de la escuela, que bien sea dicho de paso, se llama vida y solamente una pequeña parte de ella transcurre en el aula.

El cuento, la voz del “vos” del maestro que se narra, el ser de aquellos quienes escuchan y las imbricadas relaciones que entre ellos se generan, no hacen sino potenciar y evidenciar la necesidad de ampliar los horizontes con los que históricamente hemos advertido la escuela. Binomios como alumno-maestro, enseñar-aprender, ganar-perder, preguntar-responder, jugar-estudiar, escuchar-obedecer, explicar-repetir, entre otros tantos con los que se ha construido la escuela y los sistemas escolares, han de invitar elementos nuevos a los novedosos escenarios de nuestras neófitas escuelas. Trinomios como educación-sociedad-cultura, escuela-calle-familia, pasado-presente-futuro, saber-producir-reproducir, sujeto-comunidad-estado, conocimiento-investigación-transformación, y demás, claman en estos tiempos presentes por ser invitados en nuestras escuelas.

Ninguno de estos trinomios se constituye en garantía de éxito, la consecución de alguno de ellos no es garante de triunfo, pero sin su presencia en nuestras escuelas y en nuestros sistemas escolares, el fracaso se torna en asunto de tiempo y el tiempo se transforma en sumatorias de fracasos. Las estrechas relaciones que entre ellos se tejen, convocan a pensar en urdimbres más grandes y complejas, de manera que los trinomios anteriormente mencionados tienden a transformarse en polinomios, cada vez más potentes, volátiles y versátiles.

Pensemos en el clásico binomio enseñanza-aprendizaje, ahora sumemos, de manera no algorítmica, elementos que están inmersos en dichas conceptualizaciones, a saber: currículos, contenidos, didácticas, estrategias, valoraciones, mediciones, evidencias, y otras. Enmarquemos ahora este binomio en un concepto como: escuela y este, a su vez, en uno como comunidad y así sucesivamente hasta llegar a la idea de estado. De seguro nos resultará claro que entre una y otra conceptualización emergerá un significativo número de relaciones que, necesaria y paulatinamente, nos llevarán a pensar dichos polinomios en términos sistémicos.

Pasar de la isla al nodo, de la mono-concepción a la multiconcepcionalidad, de lo lineal a lo imbricado, de lo local a lo global, de lo estándar a lo diverso, para luego seguir cruzando del uno al todo y del todo al uno, es una imperante idea que ha de gestarse en la movilidad propia de la escuela contemporánea. El cuento y la narración que hacemos se consagran como palabra, puente y vínculo, recordándonos que “la palabra sola no puede salvarnos, pero no nos podemos salvar sin la palabra” (Bordelois, 2003, p. 106).

El lenguaje como dibujo del mundo, como plano de realidad y como metáfora de lo que acaece en nuestras escuelas, nos recuerda la policromía de lo humano, nos invita a pensar-nos distintamente en un mundo donde lo distinto aún es señalado y motivo de risa y mofa. La potencia de la narración y de la voz de aquel que se potencia mientras se narra, se constituye en oportunidad para quienes lo escuchan mientras se escuchan a sí mismos. En los nuevos territorios escolares, donde se trenzan estas nuevas posibilidades entre los agentes educativos, ya no hay espacio para la explicación de binomios cuadrículados, en cambio se gestan escenarios para experimentar los nuevos y dialógicos polinomios que componen y se comparten en la vida escolar. ¿No es acaso esta una virtud de nuestro lenguaje y nuestro lenguaje en la escuela?

¿Cómo podríamos concebir una única idea de escuela, cuando escuela es todo aquello que acaece y nos acaece bajo el sol, donde nuestra principal aula de clase tiende al infinito y donde el infinito está cada vez más cercano al aula de clase?

¿Cómo pensar en olvidar aquellas realidades que aparentemente nos resultan lejanas, cuando habitamos un mundo donde las distancias se pueden medir en un “clic” y donde aquello que no se transforma pierde valor, mientras se devalúa cotidianamente?

Los polinomios que hemos de invitar a nuestras neófitas ideas de formación, claman por tejer relaciones con nuevos y foráneos saberes. Así, una idea de formación, de escuela y educación que no convoque un discurso económico, social, político, crítico, epistémico, intencionado y volátil, no podrá dar cuenta de nuestra compleja y etérea realidad o lo que es peor, nos mostrará una visión acomodada, parcializada, interesada y hasta deshumanizada de la misma.

¿Qué es lo que confiere a un hombre el poder de enseñar a otro hombre? (Steiner, 2004, p. 11), es una pregunta polisémica y polimorfa. En ella conviven anhelos, ansias, egos, miedos, esperanzas, ideas de escuela, fantasías de estado y otros tantos elementos que harían larga la lista. Ahora bien, ¿con qué poder una escuela pensada en el siglo XVII podría enseñar a un hombre gestado en el siglo XXI?

El amor, la confianza en los tiempos venideros, la fe en aquel que no soy yo, las aspiraciones de poseer un conocimiento humanizado, el temor a un futuro estéril y yermo, los miedos fecundados en el hoy que vaticinan las tristezas del mañana y otras tantas reflexiones que de la pregunta nacen, nos evocan a re-

pensar la escuela, los escenarios de aprendizajes, los roles de los sujetos y los territorios en los que se generan conocimiento, así como los intereses y las teleologías sobre los que se construyen las nuevas concepciones de humanidad.

Descubro el lenguaje, el pensar y la esencia del otro en la escuela cuando descubro algo del otro en mi pensar, en mi lenguaje y en mi propia esencia dentro del aula. Así el lenguaje, la narración y el cuento me exhortan y posibilitan el éxodo hacia todo aquel que no soy yo, en tanto me tientan a retornar, una y otra vez, a la génesis que me constituye y de la cual soy heredero y partícipe implicado e implicador.

Los polimorfos signos de la escuela contemporánea son también los polimorfos signos de la contemporánea comunidad que compartimos, los muros de la escuela son testigos del desborde de su actividad; los discursos que en ella conviven son imágenes de la realidad exógena que la permea y la conmueve, en tanto ella conmueve y permea el mundo que la circunscribe.

¿Cómo no pensar entonces en discursos volátiles e insurrectos, en nuestras muy insurrectas y volátiles escuelas?

El quehacer del maestro no solamente proyecta su más intrínseco sueño y su más íntimo anhelo, pues dicho quehacer también lo expone a un mundo que pareciera no estar interesado en la intimidad del saber de las cosas. Así el cuento, como posibilidad volátil e insurrecta, ofrece nuevas perspectivas de saber en tanto es sabido y potencia neófitas estrategias en tanto se configura como estrategia.

Del retorno de la palabra

Y guardé tantas cosas en mi corazón,
que olvidé guardar mi corazón para tantas otras cosas.

Agudelo, 2012

La palabra no se ha ido, su naturaleza y su esencia parecieran ser consustanciales a la esencia y a la naturaleza de la escuela; lo que se ha desteñido es la voz, el vos y el decir del maestro. Pero ¿no es acaso la voz, el vos y el decir del maestro lo que hace y constituye su palabra?

Las nuevas arquitecturas de la escuela, los foráneos y neófitos escenarios de la virtualidad, los posibles e invisibles currículos contemporáneos y los nuevos e inéditos territorios escolares, han acrecentado, no en pocas veces, la brecha existente entre aquel quien dice su palabra y aquel otro quien presta su oído y su deseo de escucha. Decir la palabra es también prestarse como instrumento que se dice y en tanto se dice convoca a nuevas experiencias de la palabra.

Develo el sentir, la palabra y la voz del otro y su palabra, cuando me desnudo frente a su palabra misma. No existe discurso alguno que no clame por la desnudez del otro, en tanto el otro también esté dispuesto a compartir dicha desnudez. ¿No es acaso el ejercicio de dialogar, una práctica de desnudar el alma y su palabra?

Y así como la palabra no es solamente para decir el mundo, sino más bien para decirme en el mundo, ella dice algo de la escuela en tanto digo y me digo en ella. Mis palabras son la revolución que pretendo llevar al mundo, en ellas me declaro subversivo de una realidad que no acepto o me doy a conocer como seguidor de ese mundo que me atrae y me cautiva.

¿Existió acaso un tiempo histórico de la escuela, sin la presencia histórica de la palabra?

La palabra es aquella geografía en la que el sujeto es, en tanto le posee; ella es realidad, fenómeno, esencia, sentir, experiencia, origen, alfa y omega. En ella convergen nuestras discusiones y no existen discusiones que no le confluyan, pues ella también dice las múltiples realidades y los fantásticos mundos de nuestras discusiones, nuestros sentires y nuestros más complejos decires. Sus silencios son nuestros silencios, y nuestros escarpados gritos son sus escarpados deseos por decir nuestros gritos.

La palabra nos recuerda que en el silencio también se aprende y que reducirlo a la ausencia de la palabra es semejante a creer que aquel que calla, lo hace porque no tiene nada que decir. La palabra, la escuela y la palabra en la escuela nos recuerdan que todo silencio es interpretación y que la interpretación

es a su vez, un nuevo escenario de posibilidad. Así, el sujeto y sus silencios, al igual que el sujeto y sus palabras, resultan dignos de ser escuchados pues, indudablemente, todos tienen algo que decir y en su decir también albergan algo que callar.

¿No son acaso las tensiones y posibilidades existentes entre las palabras, los silencios, las interpretaciones y los sentires, el escenario donde se desenvuelve nuestra propia historia y la historia propia de nuestras palabras y nuestros sentires?

La voz del maestro clama por develar su “vos” mientras se devela; en tanto su decir le dice en el mundo que interpreta, transforma y enseña. El mundo y la escuela que interpelan la voz del maestro, son también el vos del maestro que interpela la escuela y el mundo. El cuento, el sentir, la narración que de él se hace y el develamiento que en él se expresa, resultan ser elementos constitutivos y transformadores de la propia voz del maestro.

La voz es siempre interpretación de un vos y no existe un vos que no interprete y no procure prestar su voz a una futura interpretación. Quien interpreta agranda su voz y su ser en este mundo, pues toda interpretación se constituye en territorio y escenario de aprendizaje.

La sensibilidad que experimentamos frente a la interpretación, debe potenciar estados de investigación con respecto a todo aquello que interpretamos; así como todo el dolor que experimentamos ante lo que vemos, ha de generar escenarios de hospitalidad frente a lo visto. Esta resulta ser, sin lugar a dudas, una de las más hermosas teleologías de la escuela.

El cuento como emergencia de la palabra es interpretación y como interpretación es un asunto incompleto, inacabado y en espera siempre de nuevos y más poderosos intérpretes. ¿Qué voces, qué narrativas, qué aconteceres estamos invitando a nuestras aulas, a nuestras escuelas y a nuestros más íntimos proyectos de vida?

La palabra supera, por mucho, el tiempo presente que se da en el instante; ella no es solamente un lugar para ser, ella es además un lugar para saberse mientras se es. A su vez el aula, como escenario y territorio, se configuran como territorio y escenario para decirse en la palabra que se enuncia, para revelarse en la palabra que se pronuncia y para permitirse ser en la palabra que se vive.

La apuesta por una palabra y una voz auténtica se constituyen en el apostar y en el aportar-se por un “vos” más justo y la justicia, tal como lo sostiene Kelsen (2014), ha de ser “un orden social bajo cuya protección pueda progresar la búsqueda de la verdad” (p. 52). La palabra en nuestras escuelas es siempre posibilidad, dialógica y dialéctica, para acceder a esos territorios y a esos momentos de verdad. La palabra es en el tiempo de la escuela, como lo es la escuela en el tiempo de la palabra.

¿Qué acaece cuando la palabra se ausenta de la escuela?

La palabra también es geografía de acogida, en ella convergen la hospitalidad de aquellos quienes procuran su voz, el sentimiento de aquellos quienes prestan su oído y los deseos irredentos de unos y otros. La hospitalidad nace de la palabra y ella sabe decirse de mil maneras, ser hospitalario es tener una palabra para decir en tanto nos decimos en la palabra.

Las virtudes de la palabra son también las virtudes de la escuela en las que se genera dicha palabra, de igual forma los excesos y los defectos de nuestras excesivas y defectuosas escuelas, configuran los discursos que en ellas habitan. Las palabras no se limitan a un sonido para decir, en cambio sirven para decir cualquier sonido, en ellas se recuerda el rol social de la escuela, se sueña en tiempos que son más allá de nuestra comprensión y el currículo alcanza su más impetuosa proyección.

La palabra es virtud de la voz en tanto exista un “vos” que la soporte y la sustente, de manera que el móvil cuestionamiento por el “vos” del maestro permita develar aquello que su voz dice. Las distancias y los complejos entramados existentes entre la voz de aquel que pretende enseñar, la construcción de su más íntima esencia y la postura que asume frente a su auditorio, también son escuela, cuento, narración, intención, experiencia, sensibilidad, anhelo y palabra.

¿Podría existir acaso algún discurso des-interesado en la escuela? ¿Sería posible construir una idea de comunidad académica, sin la presencia de una voz que convoque, de una palabra que diga y de un “vos” que sensibilice?

La pregunta por la palabra en la escuela es el cuestionamiento por el rol de todos aquellos que tienen que ver, de una u otra forma, con el funcionamiento y el despliegue de la escuela misma. Si resulta ser verdad que nunca como hoy hemos tenido tantas cosas que decir, también pareciera ser cierto que nunca como hoy hemos llenado auditorios de oídos sordos, de visiones miopes y en muchos casos, de sueños escolares que se venden y se compran en un ajeno y distante mercado. La palabra y su ejercicio evocan la libertad y la elección, así como su afonía convoca al despotismo y a la tiranía. Bettelheim (2010) nos recuerda que si explicamos al niño lo que debe hacer, lo único que conseguiremos será sustituir la esclavitud de su inmadurez por la servidumbre que le implicará seguir las órdenes (p. 63); así, la palabra no puede permitirse ser un mero artefacto de explicación, sino que ha de convocar a un real y auténtico ejercicio de libertad.

Del cuento y el currículo

Incluso la más ligera imaginación,
puede solidificarse sin la presencia
de un cuento en la escuela.
Agudelo, 2012

Resulta propio del maestro contemporáneo creer que existen tantas definiciones de currículos, como currículos existen; por ejemplo, la Ley 115 de 1994 nos refiere el currículo como aquellos programas, planes y estrategias que nos permiten llevar a planos de realidad la idea de hombre que se pretende formar. ¿Cómo obviar un sano ejercicio de la palabra, de la narración y del cuento en tan generosa idea de currículo?

A su vez, la profesora Taba (1983) nos recuerda que el currículo es en esencia un plan para aprender y nos exhorta a pensar en aquella triada que ha de poseer y ha de cohabitar en todo plan. Así, la selección y el adecuado ordenamiento de los contenidos, la pertinente selección de actividades y los planes para lograr las condiciones óptimas del aprendizaje, han de ser entendidos como momentos de reflexión, de elección y de práctica real de aula.

La propuesta de ubicar el cuento y su intencional narración en dicho plan, no solamente resulta ser pertinente, sino que genera nuevas y variadas posibilidades, tanto al docente como a su auditorio. La estructura semántica del cuento permite la movilidad, amplía la creatividad y se permite cultivar la escucha y el respeto por la palabra de todos y cada uno de los invitados a la escuela.

¿Ha existido acaso una escuela ajena y lejana a la narración?

La exhortación a recuperar la palabra y la voz del maestro tiene su asidero más práctico en la construcción de un currículo que nos permita a su vez, pensar el cuento como constructo, herramienta, instrumento, ejercicio y estrategia de los complejos procesos de enseñanza, aprendizaje y generación de nuevos e indecibles saberes.

Dado que el primer destinatario del currículo es el profesorado, uno de los agentes transformadores del primigenio proyecto cultural (Sacristán, 1995, p. 44), hemos de convocar a los maestros a que crean, creen, generen y posibiliten escenarios y ambientes de aprendizaje donde el cuento, la narración y la palabra misma se constituyan en dignos objetos de reflexión epistémica.

¿Cómo podría legitimarse una estrategia pedagógica, si el maestro como agente cultural no la valida en su quehacer profesional, en su desempeño de aula y en su despliegue discursivo?

Existe entre los maestros un consenso generalizado sobre la experimentación de alegría y otros buenos sentimientos, cuando un estudiante alcanza los umbrales de su propio conocimiento; resulta también evidenciable el estado de júbilo y beneplácito experimentado por los educadores cuando los aprendices develan sus propias limitaciones; pero sobre todo resulta grato y significativo al maestro, verse y saberse superado por el discípulo, pues en dicha superación aquel que enseña evidencia su quehacer, su esencia y principio último.

El currículo comprendido como puente cultural, como proceso dialéctico entre la tradición y la novedad, como constructo social que exhorta a deconstruir sociedades y como promesa de conocimiento, no podría alejar a la estrategia que, para muchos, se constituye en génesis de la cultura escolar, a saber, la narración. En este sentido, el profesor Macías (2007) nos recuerda que:

El mejor instrumento pedagógico que el hombre ha encontrado en toda su historia es la narración de cuentos y estos pueden ser reales o inventados, antiguos o modernos, ajenos o nuestros, mentiras o verdades, divinos o perversos, porque al cuento nada le importa, todo lo admite (p. 149).

El cuento como estrategia curricular otorga y permite la experimentación de diversos sentimientos a los muy diversos asistentes a la escuela, su narración convoca a la praxis de estructuras curriculares amplias y generosas, sus múltiples interpretaciones nos recuerdan la multidimensionalidad de nuestro saber, así como la polisemia de sus significados nos acerca a nuestras más íntimas convicciones. ¿Podría alguien afirmar con valiosa certeza, que un cuento le genera siempre el mismo, repetido e idéntico sentir?

¿Quién osaría en corear las palabras de aquellos quienes son del pensar que la voz de un hombre no puede ser prestada como resonancia, eco y reverberación a otro hombre?

¿Existe acaso algún desprevenido escolar que no hubiese aprendido algo del cuento, de la palabra y de la narración de su maestro?

Después de aceptar que la educación, al igual que la reflexión curricular, tiene fines y que dichos fines vinculan al hombre con el destino mismo de la escuela, de la humanidad y de las prácticas de humanidad en la escuela (Betancur, 2009, p. 27), nos resulta menester pensar y diseñar un conveniente currículo a tan nobles teleologías. Y de la misma forma en que el alma de los hombres no marcha en línea recta, ni crece como una caña (Khalil, 1988, p. 63), el currículo en nuestras móviles contemporaneidades, no podría permitirse estar quieto y perpetuarse en su inmovilidad. Así, la pregunta por el currículo es también la pregunta por la pertinencia de nuestras escuelas, por la vigencia de los contenidos escolares y por el rol que ha de desempeñar todo aquel quien cree ser poseedor de una palabra para decir, de una idea para compartir y de un cuento para narrar.

Si consideramos la palabra, la narración y el cuento como piezas fundamentales del complejo engranaje de la escuela, preguntémosnos entonces, ¿poseemos palabras, narraciones y cuentos que permitan un adecuado despliegue curricular en nuestras móviles y movilizadoras escuelas?

¿Cultivamos el arte de las narrativas en aquellos quienes han de conformar la piedra angular de cualquier despliegue curricular?

La vida no es una serie de episodios arbitrarios y sin sentido, dice el buen pensador estoico, sino un todo ordenado y elegante (Epicteto, 1995, p. 61), así mismo acaece con los esfuerzos aislados de muchos educadores, quienes pretendiendo hacer del cuento una estructura ligera, versátil y con una amplia movilidad didáctica, olvidan que sus esfuerzos tienden a fenecer, sino se legitiman en amplios, versátiles y ligeros currículos.

Desde las clásicas indagaciones de los currículos, es decir, aquellos cuestionamientos que indagan por el qué enseñar, el cómo enseñar y el para qué enseñar, hasta las contemporáneas propuestas curriculares, donde se logran involucrar fenómenos tan complejos y valiosos como la dimensión afectividad, la esfera de la sensibilidad, las responsabilidades sociales de la escuela y las condiciones que resultan menester para generar ambientes sanos de aprendizaje, la escuela ha contado con la presencia de la palabra y la representación de la misma en forma de relato, mito, historia, anécdota, literatura, arte, ciencia, creencia y por supuesto, cuento.

El lenguaje que dice el mundo del cuento, también dice el mundo de la ciencia, del arte, de la política, de la convivencia y de la escuela, pues el lenguaje es además un “arte nominador” (Platón, 1988, cf. 424 a), y por arte hemos de entender no solamente la connotación de experticia propia de los pueblos antiguos, sino también aquella evocación a la virtud y a la virtud misma de crear, pues sin lugar a dudas, el arte de la creación es también el arte del lenguaje, puede decirse en el lenguaje y es, finalmente, un lenguaje para decirse. ¿No es acaso esta la finalidad de un currículo?

El currículo es pues siempre posibilidad de ser mientras se es, en él convergen la velocidad del mundo, la visión del sujeto interpretado e interpretador, la fuerza de la tradición, el ímpetu de la novedad y las múltiples historias que se tejen entre ambas posturas. Lo que sabemos de nuestras muy desvencijadas escuelas, es insumo para saber nuestros desvencijados currículos, en tanto la osadía de una apuesta curricular, humana y humanizadora, nos permitirá recordar que en más de trecientos años de pensamiento moderno hay algo que no ha cambiado, a saber, el amor por lo simple (Wagensberg, 2006).

Sobre la estrategia

Creer que el cuento es solo para los niños,
es apenas semejante a pensar que la
ciencia se hace solo en el laboratorio.
Agudelo, 2014

El cuento, la palabra y la narración son de todos y para todos, su ejercicio y su quehacer nos recuerdan que una cultura se construye a la base de ideas compartidas, heredadas, novedosas, volátiles, propias, foráneas, dulces, amargas, tristes y alegres. La cultura, al igual que la escuela y sus constantes devenires, son asuntos de apropiaciones, de permanentes relecturas de mundos y de infinitos mundos en relectura.

Tal como sostiene Zambrano (2002), una cultura viaja a otras culturas para aprehender (p. 31). ¿No será entonces valiosa la interculturalidad generada por la narración y la lectura del cuento, en nuestras ya muy interculturales escuelas?

La exhortación a leer el mundo que nos acontece, a visualizar las realidades que nos circunscriben y a pensar el mundo y sus realidades desde lógicas diversas, no puede permitirse estar lejos de nuestras connotaciones de aprendizaje y de nuestras construcciones de escuela. Pensemos por un momento, ¿qué sería del mágico mundo de nuestras escuelas, sin la presencia mágica del cuento, su narración y sus lógicas diversas? ¿No es acaso menester para todo maestro, poseer una palabra para decir, una historia para contar y una narración para regalar?

El cuento no interroga solamente por lo que se dice, él también cuestiona aquello que se calla y aquello que se dice en el silencio mismo de la narración, generando nuevos escenarios de aprendizaje y otorgando nuevas lecturas de mundo, tanto a quienes prestan su voz como a quienes obsequian su oído.

Y así como leer no es solamente indagar por la intención propia del texto; sino desplegar el mundo que el texto abre (Barbero, 1987, p. 229), contar, narrar, pensar y generar espacios para el nacimiento y cultivo del cuento, es mucho más que una simple práctica pedagógica que crece a la base de un deseo de entretener, pues la teleología del cuento supera por mucho, y en demasía, a esta visión instrumental de contar y a esta pálida dimensión de narrar.

Históricamente, la escuela se ha construido sobre de la norma y esto resulta muy conveniente -no imagino una comunidad sin la presencia oportuna de una justa ley- pero en lo que respecta al mundo del conocimiento, pareciera ser menester invocar la presencia de ideas subversivas, de apreciaciones insubordinadas y de opiniones díscolas y rebeldes. En este sentido, la palabra del cuento, su narración y sus quehaceres tienen mucho que obsequiar a la escuela y a todo aquel escenario que haga sus veces.

El cuento como estrategia pedagógica incita a visualizar otras alternativas de mundo, de razón y de nuestra razón de ser en el mundo; nos exhorta a pensar en la pregunta por lo otro y lo otro distinto, al tiempo que nos obsequia este cuestionamiento: ¿puede existir en la escuela algo más triste que la generación repetitiva de hombres que no ejercitan con libertad, ni su pensamiento, ni su palabra, ni su deseo por su palabra y su pensamiento?

Una práctica escolar que no permita visualizar la existencia de otras prácticas y otras escuelas, nos recuerda la postura asumida por Thoreau, (2005), quien en su momento declaró que no hay nada más injusto que acatar una norma injusta. ¿No es acaso justo invitar y convocar a nuestras escuelas a diversas maneras de pensar el mundo, de leer sus complejas realidades y de reinterpretar sus agotadas interpretaciones? Enseñar nuestra condición de humanidad (Morín, 2001), es también una de las más nobles finalidades de la palabra y una de las mayores posibilidades del cuento en nuestras escuelas.

El cuento como recurso y estrategia afina la voz de quien lo comparte, el oído de quien lo degusta y amplía los horizontes de conocimiento con los que ambos miran, piensan y sienten el mundo. Así mismo, una adecuada práctica narrativa estimula la generación de la pregunta, diseña escenarios para compartir subjetividades y erige nuevas formas de comprensión.

En una época donde muchos modelos pedagógicos parecieran haber nacido para enseñar a no pensar, donde ambas conceptualizaciones parecieran enfrentarse en pro de la ignorancia y no en procura del conocimiento, el cuento ha de renacer para otorgar ese lugar privilegiado que ha de ocupar la palabra, la escucha y la generación de nuevos hablantes, nuevos escuchas y nuevos discursos para decir. En este sentido, el profesor Bedoya (2000) afirma que en muchas de nuestras escuelas se enseña de tal modo que se evita el pensar y el pensamiento del estudiante, con lo cual la noble idea de la pedagogía clásica, de enseñar todo a todos, queda reducida a un viejo y olvidado principio pedagógico.

El conocimiento otorgado por la intuición y la intuición generadora de conocimiento, es una de las más nobles concepciones y una de las más ilustres invitadas al ejercicio dialéctico y diatópico del cuento. En la acción narrativa del cuento, en su ejercicio escritural y en su reflexiva lectura, se conjugan valiosos elementos históricos, culturales, sociales, epistémicos, míticos y didácticos que, sin lugar a dudas, aportan a esa visión de hombre, de escuela y de sociedad que tanto hemos anhelado.

Finalmente, hemos de considerar tres grandes dimensiones en las que el cuento, como estrategia pedagógica, posee elementos, potentes y volátiles, para decir y decirnos en la escuela y en el mundo, a saber: una dimensión epistémica, pues el cuento es también generador de nuevos saberes; una dimensión ética, pues en el cuento pensamos nuestras más íntimas formas de obrar; y una dimensión volitiva, pues el impulso del obrar y del hacer está siempre presente en la manera de narrar y en la acción misma de narrarnos. ¿Podría entonces existir una escuela, sin la presencia de un cuento que le acompañe a pensar mientras se piensa, a sentir mientras se siente y a construir mientras se construye?

Sobre la escuela y la mismidad

Incita a un arrogante y perpetrará un crimen,
exhorta a un buen hombre y logrará un milagro.

Agudelo, 2012

El otro, aquel que necesariamente no es como yo, ha de trascender la linealidad del tiempo y el espacio, en tanto se configura en memoria, en anhelo y en esperanza. El otro también soy yo; en la escuela no hay únicamente compañeros, sino conjunciones, encuentros y complicidades. “El sujeto desprovisto de toda alteridad se desploma sobre sí mismo y se abisma en el autismo” (Baudrillard, 1999, p. 19), sentir y experimentar lo nuevo del otro, aunque sea viejo en mi propia esencia, se constituye en la evidencia, viva y vital, de la presencia del otro y de la existencia de lo otro en mi propia mismidad.

Sensibilizarnos y pensar al otro y a los otros es también una exhortación a conversar-nos con aquellos que nos han de resultar diversos, alocados, distintos, foráneos, extraños, díscolos, asimétricos y aun así... iguales. Mi mismidad y el cultivo que de ella se hace en la escuela, ha de ser entonces una construcción diseñada para acoger aquello que me ha de resultar ajeno, raro, peregrino, extranjero, forastero, distante y sobre todo intruso.

¿Estamos interesados en pensar y conversar con la locura de estos tiempos presentes, en nuestras muy asépticas, esterilizadas, higiénicas y contemporáneas escuelas?

Sin lugar a dudas, y tal como sostiene Max-Neef (1998), refiriéndose a nuestra contemporaneidad, “el desarrollo ha de referirse a las personas y no a los objetos” (p. 40), de ahí que nos resulte menester pensar que la educación que estamos impartiendo en muchas de nuestras escuelas, también deba hacer referencia a las personas, a sus libertades, a sus intereses, a sus particularidades, a su ser único y no necesariamente a las estructuras en las que habitan y coexisten en tanto no se reconocen como mismidades distintas. Así, la escuela y el cuento como estrategia pedagógica nos recuerdan que el acto mismo de educar es siempre un encuentro y un acción para encontrarnos, no con los objetos, sino con aquellos que constituyen nuestra otredad y su ser otro, en tanto nos interpelan y somos interpelados desde nuestra propia mismidad.

Nuestras diversas acepciones de escuela, por excéntricas o tradicionales que sean, han de permitirnos ser mientras que somos. “La escuela debe garantizar a todos la capacidad de escapar de cualquier forma de dominio para poder pensar por sí mismos” (Meirieu, 2011, p. 105). De ahí la importancia de pensar la alteridad y lo otro, desde legítimos planos de libertad y desde reales posibilidades de existencia.

¿Habría acaso mérito alguno en que la escuela les conceda la voz a sus estudiantes, tan solo para escucharles decir lo que ella anhela auscultar?

¿Tendría algún mérito la voz de aquel que siempre reza la misma vieja y desgastada lección, mientras invisibiliza y oculta la voz de aquellos que son de otros pensares y otros rezos?

Aprender a comprender antes que a condenar, sabernos dueños de un destino común antes de ejercer nuestras egoístas libertades y reconocer en el otro y en lo otro una oportunidad, una emergencia, una posibilidad y no una terrible y desconocida amenaza, ha de ser uno de los más grandes desafíos para nuestras muy grandes y desafiantes escuelas. Así, cambiar la acepción que tenemos de lo otro y el otro ha de variar, necesariamente, la significación que le damos al sujeto como un ser otro. La pregunta por nuestra mismidad ha de contener también los múltiples cuestionamientos y las incontables reflexiones sobre todo aquel universo que constituye lo otro y la otredad.

El encuentro con el otro y lo otro no puede seguir siendo la metáfora del encuentro entre un colonizador y su colonia, no puede continuar interpretándose desde el símil del gobernante pendenciero y el gobernado acallado, la escuela no puede continuar concibiendo al otro como un otro reductible y maleable, pues en algún momento nuestra más íntima mismidad habrá de cuestionarnos por ¿cómo sentiríamos al mundo sin un nosotros y sin ningún otro para conversar-nos?

¿Qué merito podría tener la mismidad de un sujeto que se siente generoso y vital cuando entabla conversaciones con aquella otredad que se asemeja más a un maniquí, a un títere y a una marioneta, en tanto niega la mismidad de aquel que le resulta amenazante, equívoco y distinto?

Recordemos que la distancia con el otro y con lo otro se constituye también en su misterio, en su espacio de mismidad y en su pleno ejercicio de libertad.

Mitologizar al otro, en tanto se le atribuyen maléficas categorías, es dar inicio a su final, a su masacre y al proceso de su no reconocimiento. El otro ha de estar en simetría, en mismidad y en exhortación constante. La irrupción, la penetración y la incursión del otro en mi propia mismidad hacen evidente la necesidad de la existencia de una otredad para decir, de un otro para pensar y de una otredad y un otro para develar.

Educar no ha de ser pues un ejercicio de fabricación de mismidades unívocas, en cambio ha de ser una práctica que convoca al encuentro de mismidades que se saben incompletas e insuficientes, pues son sabedoras de la existencia de otras mismidades diversas y de un infinito de diversas mismidades. Acercarnos en la escuela desde una auténtica y genuina narración a otras mismidades, ponerles rostro y otorgarles voz y palabra, se constituye en posibilidad para develar y disfrutar de aquellos misterios que le confieren la naturaleza de mismidad a todo aquel que no es como yo.



...
Para narrar-se...
...



La promesa

—*¿Cuántos años tienes?* —le preguntaba, antes de devorarle, un viejo león a una joven hiena que le había molestado durante una cacería temprana.

—*Tengo la mitad de tu edad, el doble de tu hambre y la décima parte de tu fuerza* —le respondió, en medio del temor y la angustia, la joven hiena.

—*Sabiendo de todas esas desventajas, ¿por qué te atreves entonces a importunarme cuando estoy de caza?* —le decía con voz fuerte el viejo rey de la selva a la muy preocupada víctima.

—*Precisamente por lo que le digo señor león; por mi falta de experiencia, pues aún soy joven y atrevido, por el hambre que me embarga y por el deseo de compararme con aquellos que reconozco más fuertes. Le suplico por favor me perdone y me otorgue una nueva oportunidad de vida.*

—*¡Hummmm! ¡Hummmm!, está bien* —dijo el viejo león—. *Te permitiré marcharte en paz, la única condición que te impongo es que no vuelvas a molestarme cuando estoy cazando.*

—*Claro que sí señor león, entiendo perfectamente; le aseguro que esto no se volverá a repetir* —dijo la joven hiena, mientras se marchaba lentamente y de cuando en cuando miraba hacia atrás para percatarse del cumplimiento de la promesa realizada por el rey de la selva.

—*Que necia es la juventud y que benévola la edad* —se decía para sus adentros el viejo león; mientras disfrutaba de ese sentimiento de magnanimidad que experimentan aquellos que se saben poderosos.

Al volver con la manada, el acto de compasión del viejo león ya era noticia entre todos sus compañeros y hubo quienes le tildaron de débil y endeble, otros le aconsejaron abandonar el liderato del grupo e incluso, varios jóvenes leones intentaron derrocarlo y destronarlo de su condición de dirigente.

Al anochecer, el viejo león buscó, cazó y dio muerte a la joven hiena a quien le había perdonado la vida tan solo unas horas antes; pensó, mientras la asesinaba, que definitivamente la generosidad, la misericordia y la bondad hablan en un lenguaje distinto al que habla el poder, la fuerza y la autoridad; también pensó en su incapacidad para mantener viva la promesa realizada a la joven hiena, recordó sus ojos repletos de gratitud y caviló en las últimas palabras de la aterrorizada víctima; pero estos pensamientos no hicieron mella en su ego, ni le importaron por mucho tiempo, pues al siguiente amanecer, nuestro viejo león ya era de nuevo admirado, temido y respetado. Ya era de nuevo el rey de la selva.



Profesiones

Acaeció que la voz interna de un tímido maestro de escuela, le invitó a pensar en una nueva y potente actividad lúdica; ejercicio pedagógico con el que nuestro introvertido educador esperaba, no solamente re-animar sus clases, sino convocar a ese pequeño “yo” que le habitaba y que, bien sea dicho de paso, parecía estar cada vez más desenamorado y desengañado de su ser educador.

Luego de una larga reflexión y de más de siete tazas de café, llegó a la muy alegre conclusión de que realizaría, para todos sus alumnos de tercer grado, una gran feria de trabajos y profesiones. La idea le pareció genial y su ego de maestro se fortaleció desde el tuétano mismo de su esencia, hasta el más trivial de los ademanes de maestro.

Al día siguiente y en pleno inicio de actividades, nuestro educador les dijo a sus estudiantes:

—Buenos días niños. ¿Cómo están? Les tengo una gran sorpresa.

Como hemos de imaginar, la palabra sorpresa denota algarabía, ruido y barullo, máxime cuando es pronunciada en medio de cuarenta y dos niños, quienes a las 8:00 a. m. desarrollan todas sus actividades con energía.

—¡Qué rico profe, una sorpresa! —decía un alumno desde el rincón del salón.

—¡A mí me gustan mucho las sorpresas profe!, —gritaba otro que se encontraba a escasos 25 cm de distancia del maestro.

—Diga cuál es la sorpresa profe... diga pues, ¿cuál es? —insistía otro de los convidados a clase.

—¡Yo sé, yo sé cuál es la sorpresa! —insistía con fuerza y en tono altivo otro de los educandos.

En menos de 17 segundos había más de cuarenta niños preguntando, gritando, saltando y claro está, esperando la tan anhelada sorpresa.

—*¡Silencio por favor!, ¡por favor hagan silencio...niños!, ¡por favor; hagan silencio... niiiñosssssss!* — gritó tristemente el profesor.

En ese momento y en medio de un vasto silencio, un niño dijo entre dientes:

—*El profe no nos quiere, porque cuando a uno lo quieren, no le gritan; eso siempre dice mi mamá.*

—*El profe sí nos quiere, lo que pasa es que él es así; un gritón* —dijo otro de los pequeños.

—*¡Bueno, ya, ya, ya! ¡Perdóñenme!,* —dijo el profe—. *Nunca es mi intención gritar, pero por favor déjenme hablar. Como les estaba contando, la sorpresa que les tengo es que realizaremos una feria de trabajos y profesiones; así que para la próxima semana, cada uno de ustedes deberá exponer frente a sus compañeros qué le gustaría ser cuando sea grande. Piensen muy bien en este asunto y nos vemos el próximo lunes, que pasen un feliz fin de semana y no olviden la tarea.*

Al siguiente lunes, los estudiantes estaban tan interesados en hablar, como el maestro en escucharlos y en advertir el éxito de su propuesta pedagógica.

—*Buenos días niños, ¿cómo les fue el fin de semana y qué tal la realización de la tarea?*

El grito de alegría de los niños anticipaba el éxito de la actividad, todos querían hablar, todos querían contar a sus amiguitos sobre sus sueños y sus ambiciones futuras.

El tímido maestro se mostró más que alegre frente a la respuesta de sus estudiantes y lista en mano, se dispuso a llamar al primer expositor:

—*Agudelo Miguel Ángel* —dijo gozosamente el maestro.

—*Presente profesor* —respondió el inquieto niño.

—*Cuéntame. ¿Qué quieres ser cuando seas grande?*

—*Profe, cuando yo sea grande quiero ser violador, violador y violador.*

—*¿Violador? ¡Cómo se te ocurre! ¡Por Dios, Miguelito! ¿De dónde sacas esas cosas? ¿Acaso no sabes que eso no es bueno?*

El profesor, altamente impactado por la respuesta del niño, dirigió un discurso de más de 20 minutos sobre la mala elección de Miguelito y luego de semejante palabrería le preguntó al aterrorizado infante:

—Miguelito ¿Por qué dices que quieres ser violador?

—Profe —dijo Miguelito—, yo no sabía que eso era tan malo. Lo que pasa es que a mí me gusta mucho la música clásica y cuando veo en la orquesta a los violadores que mueven sus cabezas y sus manos al ritmo del que tiene el palito, a mí me gusta mucho.

—Violinistas, Miguel Ángel, violinistas...esos son violinistas —dijo el alterado maestro, quien luego de unos pocos segundos invitó a responder a la estudiante Sofía Ortiz.

Sofía Ortiz era, sin ser exagerado, una niña hermosa, con una tierna mirada, unos ojos angelicales y una sonrisa contagiosa.

—Hola profe —dijo la niña—. Cuando yo crezca quiero ser ramera como mi mamá.

—Ramera, ramera... —interrumpió el asombrado maestro—. ¡Por Dios, Sofía! ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas? No les hagas esto a tus padres.

Y procedió, como en el caso anterior, a referir un discurso de unos 10 minutos sobre lo malo de ser una ramera. Al finalizar dicho discurso le preguntó a la niña:

—Sofí, ¿por qué quieres ser una ramera?

La niña, sumamente asustada y asombrada por lo que había dicho el maestro sobre las ramera, le dijo:

—Profe, es que mi mamá vende ramos de flores en el mercado y a mí me gustan mucho las rosas, las violetas y las azucenas, entonces yo pensé que ser ramera era vender ramos y que eso era algo bueno.

En ese momento un silencio vasto, pero acogedor, inundó toda el aula de clase y el profesor, en medio de su vergüenza y su desconsuelo, no atinó sino a decir:

—Bueno niños, el que sigue para contarnos qué desea ser cuando crezca es Luis Fernando. Bueno, haber pues Luisito, cuéntanos qué quieres ser cuando seas grande.

—Profe, yo estoy seguro, muy seguro de lo que quiero ser.

—Eso me alegra mucho Luisito. ¿Qué quieres ser? —dijo el maestro, ya en un tono más sereno y tranquilo.

—Profe, yo quiero ser un pobre diablo. Así como...

No había terminado el pequeño Luis de hablar, cuando el maestro le interrumpió y le dijo:

—Pero, ¿qué pasa contigo? ¿Qué pasa con todos ustedes muchachos? ¿Cómo así que quieres ser un pobre diablo? ¿Acaso no sabes que...?

Y de nuevo, como en las intervenciones anteriores, el profesor profirió un discurso de aproximadamente 15 minutos sobre lo inconveniente del deseo de Luisito. Quien asombrado del significado que le había dado el profesor a su deseo, solo pudo decir:

—Profe, yo lo que quería decir es que... yo quiero mucho a mi papá y cuando crezca quiero ser como él... y yo siempre escucho que mi mamá le dice a mi papá que él es un pobre diablo, entonces yo pensé que eso era bueno.

Ya el profesor triste, meditabundo y con miedo de seguir preguntando, decidió cambiar de estrategia y en esta oportunidad dijo a sus pequeños estudiantes:

—Haber muchachos, de nuevo ¿Quién de ustedes me puede decir qué quiere ser cuando sea grande y por qué?

Todos los estudiantes miraron fijamente al profesor, pero nadie fue capaz de responder a ese interrogante tan difícil; pero luego de varios segundos y de un incómodo silencio, Juan Guillermo, el más callado de todos los niños del salón, respondió:

—Profe, profe... yo quiero ser un ginecosquiata.

—Perdón, Juan Guillermo, ¿qué dices?—preguntó el sorprendido maestro.

—Profe, que yo quiero ser ginecosquiata.

—¿Ginecosquiata? Y qué es eso Memito.

—Profe, esa es una profesión que yo me inventé y que creo que debería existir, porque yo un día vi en televisión lo que hace un ginecólogo y después vi en otro programa lo que hace un psiquiatra, entonces me acordé que un día mi papá me dijo que todos los hombres se vuelven locos por las partes íntimas de las mujeres, entonces yo pensé en cómo ayudar a sanar a tantos locos, pues las mujeres todos los días dejan ver más sus partes íntimas. ¿Cierto profe?

El tímido profesor no supo siquiera qué decir frente a la propuesta del pequeño niño; permaneció inmóvil frente a sus estudiantes, quienes también estaban muy callados, tal vez pensando en quién era un *ginecosquiatra*, en el silencio del profesor o en la valentía del muy tímido Memitito.

En ese preciso momento sonó la campana indicando el final de la clase. Los niños se despidieron alegre y amablemente de su maestro, quien, luego de las respuestas de sus pequeños estudiantes, solo atinó a pensar dos cosas: la primera fue “me salvó la campana”, y la segunda le convocó a meditar en cuántos problemas y dolores de cabeza se hubiese ahorrado de haber tenido, unos años atrás, un buen *ginecosquiatra*.



Los colores

En cierta oportunidad, se encontraron en una apacible y tranquila reunión los viejos y serenos *colores clásicos*. Estaba el rojo y su muy conocida picardía, también estaba el amarillo con su característica básica de iluminar todo lugar que visitaba, el azul y su cercanía a todo aquello que nos convoca a pensar en la tradición y en la amistad que se tiene para con todo lo que nos resulta conocido; incluso, el color blanco con su sencillez y el gris con su elegancia se hallaban disfrutando de aquella serena tertulia.

Cerca de la media noche hicieron presencia los famosos *colores pastel*; entre ellos sobresalía el hermoso azul celeste, quien con su sola presencia otorgaba un aire de suavidad y tranquilidad a todos los presentes; llegó el rosado magenta e imprimió en el ambiente un importante toque de armonía y fraternidad; de igual forma ocurrió con la llegada del rojo cálido, quien con un ademán de seducción y provocación, se robó todas las miradas y exhortó a sus seguidores a continuarle admirándole.

Ya muy entrada la noche y cuando la luna se disponía a retirarse, hicieron su ingreso los muy afamados *colores metálicos*, quienes, bien sea dicho de paso, eran los más jóvenes y arriesgados de todos. En sus cuerpos se advertían brillos, fulgores y destellos que eran lejanos y distantes para sus hermanos; sin lugar a dudas, este conjunto de colores se habían robado la atención de todos los asistentes a tan espléndido y colorido banquete.

En el cenit de la noche y cuando ya todos estaban cansados de discutir por la belleza que les era propia, por las virtudes que les resultaban naturales y por los atributos que se jactaban en poseer, el tímido, callado e introvertido color púrpura gritó a voz llena:

- ¿Acaso creéis vosotros ser los más hermosos destellos de luz existentes, en este existente, hermoso y complejo universo de luz?
- ¿Creéis y te creéis con derecho de juzgar la belleza, lo bello y aquello que es bello, solo por consideraros dueños y señores de alguna ínfima idea de belleza?
- ¿En serio consideraréis que vuestros atributos, propiedades y esencias son más atributos, propiedades y esencias que los valores cromáticos de los demás colores?

—*¿No habéis acaso escuchado que el lenguaje de la belleza y la perfección en la forma es cercano a la sencillez, próximo a la inocencia y contiguo a la naturalidad?*

—¿Realmente consideraréis que la discusión por la belleza que os ha de ser propia, según vuestra propia connotación de belleza, acercará a vuestro yo más íntimo, al más íntimo secreto de vuestro propio yo?

—*¿Cuándo, sino en este preciso instante; dónde, sino en este mismo sitio y cómo, sino de esta sencilla manera, habremos de superar la lineal visión del cuándo, el dónde y el cómo de vuestra belleza? Hermanos colores, vuestra discusión por saber quién es el más bello de todos resulta tan trivial, como tan trivial resultaría la discusión por saber quién no lo es. De hecho, si me lo permiten —dijo el tímido color púrpura mirando a sus muy coloridos hermanos—, creo que todos habríamos de cultivar-nos más en aquellos matices que pueden unirnos, y prestar menos atención a todas aquellas tonalidades que pueden separarnos.*

No había terminado siquiera de hablar el muy introvertido color púrpura, cuando varios de sus hermanos, colores con los que creció desde pequeño, le increparon y le acusaron de traidor y de falta de respeto por las más importantes tradiciones cromáticas.

Al día siguiente, en otra de sus acostumbradas reuniones, los colores volvieron a discutir sobre quién era el más bello de todos; pero en esta oportunidad nuestro púrpura amigo permaneció en un vasto y profundo silencio, pensando una y otra vez en la infinidad de matices, en la inmensidad de gamas y en la inconmensurable variedad de tonos que podrían existir si tan solo uno de sus hermanos se atreviera a fusionarse con otro de ellos. Pensó también que, si tan solo uno de los colores asistentes a la reunión fuese capaz de transformarse en vínculo, en urdimbre y tejido, el mundo de los colores, tal como se había conocido hasta la fecha, sería mucho más amplio, justo y generoso. Finalmente, caviló y se dijo para sus adentros que aquel sería... sin lugar a dudas, un mejor mundo para ser mejor color, y un mejor color para hacer un mejor mundo.



La escuela de las preguntas

Recuerdo que luego de la obtención de mi título de posgrado, a diferencia de lo que pensé antes de lograrlo, se hizo cada vez más difícil la consecución de un trabajo digno de mi estatus académico. Toqué diversas puertas y en cada una de ellas se me decía algo como:

—“Posees una muy buena hoja de vida y eres muy joven, pero lamentablemente estás sobre calificado para ocupar la vacante existente”.

Debo manifestarles que mi corazón experimentaba la más inmensa de las aflicciones cada vez que escuchaba semejante discurso, pero no desistía y en cambio, seguía con una voluntad férrea e indomable; estaba seguro que mi oportunidad habría de llegar tarde o temprano, oré mucho para que dicha ocasión llegase más temprano, que tarde. Luego de varios meses de búsqueda, de innumerables entrevistas que terminaban en fracaso y de iniciar un declive económico que de seguro no terminaría bien, pues ya estaba pensando más con el estómago que con la cabeza, decidí aplicar a una vacante para maestro de escuela.

—¿Maestro de escuela? —decían todos mis allegados—. Pero si de eso no conoces nada, además sabes que es un trabajo muy malagradecido; suficiente con que observes todos esos paros y esas manifestaciones de las que son, triste y lamentablemente, protagonistas los maestros de nuestro país.

—Yo sé todas esas cosas —respondía calmadamente—; pero, ¿qué más puedo hacer, sino me resulta nada!

—“Tú sabes lo que haces” —era la frase con la que se cerraba siempre esta disputa, aunque algunas veces era la génesis de otras tantas discusiones, pero en estas últimas el orden de las palabras cambiaba: —¿Sabes tú lo que haces?

Apliqué a la propuesta comentada y obtuve el tan cuestionado cargo de maestro. Al llegar a casa y comunicarle la noticia a mis padres, evidencí en ellos una extraña sensación. No logré comprender si estaban felices o tristes, como tampoco logré saber el origen de las lágrimas de aquella que fuese mi progenitora; es decir, nunca supe qué sintieron.

Llegó por fin el primer día de trabajo y a su lado, las más inquietantes dudas y los más abismales temores. No les he comentado, pero antes de este nuevo trabajo, me desempeñé como ingeniero físico y mi tesis de posgrado versó sobre la posibilidad de realizar viajes al espacio; definitivamente, nada que ver con este asunto de ser maestro de escuela.

—Buenos días profesor Miguel Ángel —me dijo la robusta rectora, mientras me miraba de arriba abajo—. Es usted muy joven, espero que disfrute de tan digno y hermoso trabajo. El grupo que le ha sido asignado es el grado tercero, tercero A para que lo tenga presente; son cerca de cuarenta pequeñitos que, de seguro, le mantendrán muy ocupado.

—Buenos días señora rectora —le respondí, aunque en mi mente no pensaba en otra cosa más que en ese asunto de los “cuarenta pequeñitos” y en el término “ocupado”.

Luego de un corto saludo y la presentación de cada uno de los que habrían de ser mis compañeros de trabajo, se dio inicio a la primera reunión de profesores. Les confieso que me sentí extrañamente orgulloso y que, sin saber nada de educación, anhelé hacer bien mi trabajo. Además, era la primera vez que había escuchado algo bueno sobre este asunto de ser maestro de escuela.

Pasados cuarenta minutos de haberse iniciado la reunión, mi ánimo cambió, pues no lograba comprender aquel excepcional y ajeno lenguaje:

—Hay que cambiar el currículo —vociferaba airadamente un profesor.

—No, lo que hay que hacer es legitimar el currículo oculto que manejan nuestros estudiantes —decía otro.

—Y por qué mejor no cambiamos de modelo pedagógico —afirmó otro, que estaba sentado al rincón del salón y no hacía más que hablar por su teléfono celular.

—Yo definitivamente creo que lo que debemos hacer —dijo la más anciana de todos—, es seguir como vamos; pues como vamos, vamos bien. Además, ¿para qué cambiar todas esas cosas de las que están hablando, si finalmente todo sigue igual?

—*Escuchemos al nuevo* —dijo una voz en la distancia—. *Tal vez traiga propuestas diferentes y sus aportes logren transformar muchas cosas.*

—*Sí, escuchemos al nuevo.*

—*Sí, tienen razón escuchémoslo.*

—*Sí, que hable.*

—*Sí, que hable, que hable.*

Ese fue el único punto en el que hubo consenso en aquella reunión. Creo que mis compañeros se debieron haber sentido muy descontentos, pues en mi condición de nuevo, no solamente no sabía de qué estaban hablando, sino que mis aportes se acercaban, para hablarles en lenguaje matemático y en el que me siento muy cómodo, a un cero a la izquierda, nada, no dije nada... esa sería una buena traducción de la que fue mi primera intervención en una reunión de maestros.

Así acaecieron otras tantas reuniones y mi participación seguía siendo la misma; yo solamente esperaba aquella oportunidad de ingresar al salón, presentarme como profesor y darles a mis estudiantes de todo aquel conocimiento que había logrado en el mundo de la academia. Y como no hay tiempo que no se cumpla, llegó aquel día; el día en que por vez primera experimentaría el goce, el disfrute y el poder que han de sentir aquellos que son dueños del saber.

—*Buenos días* —les dije a aquellos cuarenta pequeñines; en mi voz se reflejaba la seguridad, el control y por qué no decirlo... los deseos de tener la palabra.

—*Buenos días* —me respondieron todos al unísono; en sus voces se advertía una mezcla maravillosa de diversos sentires, entre los que logré evidenciar el miedo, la alegría, el desgano, la risa nerviosa y otros tantos que parecieran ser indecibles.

Luego de hablarles de mis logros académicos y de narrar una chistosa historia, ejercicio que preparé con muchos días de antelación y con el cual pretendía romper el hielo, mis infantiles alumnos empezaron a levantar la mano y a decirme que tenían preguntas para hacerme.

—*Permítanme continuar con la narración y luego les daré la palabra* —les dije.

Pero ellos siguieron levantando la mano, uno tras otro, tras otro y así sucesivamente hasta que creo, logré apreciar cuarenta manitos levantadas. La verdad es que me asombró ver tantos deseos de hablar y me sentí tan contento, como tan asustado se puede sentir un novato frente a tal despliegue de participación.

—Bueno, bueno, bueno... —dije con voz clara—. *Como no los puedo escuchar a todos elegiré, al azar, a siete de ustedes para que hagan las preguntas, ¿listo?*

—Listo —respondieron todos—. *Primera pregunta:*

—*¿Uno cómo hace para tener amiguitos?*

—Hummm, este... humm, segunda pregunta:

—*¿Qué tiene una estrella por dentro para que brille por fuera?*

—Bueno, lo que pasa es que... *tercera pregunta.*

—*¿Si una viejita queda en embarazo, el niño nace viejito?*

—No, no necesariamente, pero... *cuarta pregunta.*

—*¿Quién midió el infinito y dijo que de verdad era infinito?*

—Como te explico, eeeh... *quinta pregunta.*

—*¿Por qué cuando la gente es adulta se ríe menos que cuando era niña?*

—Ahhh, pues porque... *sexta pregunta.*

—*¿Si un niño se muere en la barriga de su mamá y se va para el cielo, cómo reconocerá a su mamá cuando ella se muera?*

—Bueno, eso es muy complicado, pero yo creo que... *séptima pregunta*

—*¿Por qué si los payasos no dan risa sino miedo, los grandes los siguen invitando a todas las fiestas de los niños?*

—Bueno, yo creo que mejor dejamos así por el día de hoy y mañana seguimos estudiando.

—Profe, profe, profe yo tengo una última pregunta —dijo un pequeñín que estaba en la primera fila—
¿Por qué si la escuela es tan buena, los niños llegan llorando y se van riendo y los profesores llegan riendo y se van llorando?

—¡Eh!, como les dije hace un minuto; mañana seguimos estudiando.

No podría describirles la cara de insatisfacción, intranquilidad y descontento de mis estudiantes; pero tampoco podría explicarles la enorme angustia que experimenté en esos momentos, pues no era dueño de ninguna respuesta. Finalmente agradezco a ese primer día de trabajo como profesor de escuela, pues obtuve algo sumamente valioso, comprendí que las mejores preguntas son aquellas que nacen del alma, se quedan a vivir en ella y perduran allí para toda la vida.

Hoy, después de más de treinta y tres años de trabajo como profesor de escuela y luego de haber envejecido en ella, no he logrado dar respuesta satisfactoria a ninguno de aquellos interrogantes que me fueron realizados el primer día de clase... y eso, bien sea dicho de paso, me hace sentir vivo.



Ironía

Acaeció que se encontraron en el vagón de un viejo tren, en un lejano país del medio oriente, un sacerdote cristiano y un rabino. Ambos hablaron de buenas maneras y se expresaron con respeto hacia el culto religioso profesado por su interlocutor. Parecía una conversación entre dos viejos amigos, pero el clima de la misma cambió cuando llegaron a la pregunta ¿qué le espera al hombre después de la muerte? El primero repuso:

—Es obvio que lo que está después de la muerte se encuentra ya escrito en nuestro libro sagrado, la Biblia. Este es el texto de textos y si deseas hallar conocimientos, ese es el lugar donde debes buscar.

En ese mismo instante, el viejo rabino interrumpió y repuso:

—Ciertamente estas equivocado, amigo mío, ya que es bien sabido por mí y por todos aquellos judíos de bien que me han precedido, que no hay mayor verdad revelada que aquella que se esconde y habita en las páginas de la Torá.

Luego de un rato de discusión y de “ires y venires” sobre el mismo asunto, el tren se descarriló y los dos hombres murieron en el acto.

Al día siguiente, cuando se efectuaba la ceremonia religiosa para despedir a las dos víctimas, el califa, jefe religioso musulmán, cantó, oró y rezó por aquellas desventuradas almas y pidió con fuerza y mucha fe que se pudiesen reunir con Alá y ser felices leyendo y relejendo las páginas del Corán.



La clase de filosofía

—*Y no olviden nunca* —les decía, en tono altivo y valiente, un viejo y endiosado maestro de filosofía a sus jóvenes e incautos discípulos—: *los tres elementos primordiales en toda buena relación, han de ser siempre y sin lugar a dudas: ser dueño de una buena conversación, poseer la capacidad de reír sinceramente y ser amo y señor de toda confrontación seria e inteligente.*

—*En ese caso mi estimado maestro* —refirió uno de sus más queridos estudiantes— *yo quisiera, humilde y sencillamente, hacerle tres preguntas, pues hace siete días estos interrogantes andan rondando mi cabeza, logrando atrincherar mi corazón, sublimando mis más indisciplinados pensamientos y nublando la razón que tanto he cultivado.*

¿Qué ocurre en el alma de los hombres cuando la conversación es agradable en demasía, la risa sincera en extremo y la confrontación infinita en su finitud?

¿Qué acaece en el espíritu de aquellos cuyo discurso no se agota en el tiempo, su risa nunca se torna sosa y el final de su conversación es siempre la génesis de una nueva y mejor conversación?

¿Qué pensar cuando el pensamiento se ensombrece, qué decir cuando el lenguaje se acaba y cómo interpretar el silencio que nace de las ganas y el más sincero deseo por decir mil cosas?

El viejo maestro de filosofía permaneció de pie frente a su auditorio, en su mirada, en su gesto y su ademán, se advertía fácilmente la tristeza y la desazón causada por las preguntas proferidas por uno de sus más queridos discípulos. Y luego de un vasto y cautivador silencio dijo a viva voz:

—*¡Hummmm...!* quiero que sepas mi joven e inexperto amigo, que cuando piensas estas cosas, tus juicios más sanos se van de vacaciones, tu conciencia exhorta a tu más íntima esencia a visitar aquellos lugares donde la razón siempre falla y tu fe no será la proveedora de la esperanza y la ayuda que necesitaras.

¡Ah, querido amigo!, de mil amores te ayudaría a responder tan hermosos interrogantes, pero ni yo, ni tus compañeros, ni el conjunto de aquellos que te han amado desde que eras un niño, seríamos capaces de comprender tus indómitos pensamientos, de entender tu extraño lenguaje y mucho menos de vislumbrar tus ocultos anhelos y entrever tus deseos más irredentos... Definitivamente estimados alumnos, ya tenemos entre nosotros a uno que ha experimentado el dolor de sentir demasiada alegría, que ha gozado de la certeza en medio de la incertidumbre y que en su tiempo presente ha añorado por tiempos venideros... así, no resta sino decir que estamos frente a la muerte de un filósofo que nunca fue y frente al nacimiento de un hombre enamorado que clama, anhela y añora por ser el amor de su bien amada. Querido discípulo, frente al amor, quiero que sepas, que estás y siempre deberás estar... completamente solo.



La apuesta

Hace algunos años se efectuó en un hermoso y paradisíaco lugar, adentrado en lo más profundo del más espeso de los bosques, la última versión de la competencia en la que toman parte, única y exclusivamente, las más veloces de las aves. Eran muchas las concursantes y aún más los testigos de semejante contienda.

Después de varias rondas eliminatorias y de haber superado pruebas de resistencia, valor, fuerza y velocidad, no quedaron más de tres competidores, a saber: el hermoso y estilizado alcatraz, quien manifestaba sentirse muy lejos de su hábitat; la agresiva y opulenta águila real, quien desde el inicio de la competencia expresó su deseo de ganar y finalmente, el halcón peregrino, quien con su sutileza y galantería declaró, desde el inicio de la gesta, ser merecedor del tan anhelado título.

La última prueba, por aterradora que pareciera, consistía en perseguir, dar caza, asesinar y comer a un pequeño y hermoso colibrí a quien, bien sea dicho de paso, se le otorgaba una ventaja de vuelo considerable.

Para estas postrimerías de la competencia, ya eran muchos los espectadores y el bosque entero se hallaba presto a contemplar al nuevo campeón de velocidad. El gigante y brabucón oso gris apostó cinco libras de su mejor miel, al estilizado alcatraz. La astuta comadreja respondió jugándose por la opulencia del águila real y ofreció a la mesa de apostadores tres ratones y dos topillos. El último valiente tahúr del bosque fue el conejo, quien se aventuró por la galantería del halcón y aportó a la apuesta diez grandes, hermosas y deliciosas zanahorias. Curiosamente nadie, ni siquiera sus más allegados amigos, apostaron a favor del colibrí. Luego de haber cerrado las apuestas, los únicos tres apostadores se dispusieron a sentarse en el palco de honor que se había preparado para ellos.

Ya en el aire y después de cinco minutos de experimentar una gran velocidad y percatándose de lo cerca que estaban sus enemigos de contienda, el colibrí decidió emplear todas sus fuerzas y emprender el vuelo hacia lo más arriba del cielo; subió, subió y subió como nunca lo había hecho. Justamente un instante antes de que sus compañeros de vuelo le dieran caza, el colibrí y sus perseguidores fueron enteramente absorbidos por la poderosa turbina de un jet de combate que casualmente pasaba por el lugar. No quedó ni una sola pluma en buen estado y fue tan grande el asombro de los espectadores, como tan grande fue la tristeza y el descontento de los apostadores.

Al ver semejante escena el brabucón oso gritó:

—Cambio mi apuesta y ofrezco otras cinco libras de miel por el nuevo, grande, ruidoso y extraño pájaro.

La inteligente comadreja, advirtiendo la actitud deshonesto de su rival, vociferó con ganas, fuerza y entusiasmo:

—Ofrezco otros tres ratones y dos topos más a favor del nuevo y estruendoso competidor.

El sorprendido conejo, atónito, extrañado, pero no menos osado que sus contrincantes de apuesta, gritó a pulmón lleno:

—Otras diez espectaculares y maravillosas zanahorias a favor de este nuevo y espléndido competidor.

No había terminado de hablar el conejo cuando un poderoso rayo impactó al jet de combate y le precipitó a tierra. El piloto de la aeronave, para su buena fortuna, se expulsó y descendió lentamente en su paracaídas, pero la historia no fue tan benévola para nuestros tahúres amigos, pues, para su infortunio, su desdicha y su desventura, gran parte de la estructura y del fuselaje de la maravillosa aeronave de combate vino a precipitarse sobre el palco que, instantes atrás, le había otorgado prestigio, fama y reputación a nuestros tahúres amigos del bosque.

Ni el formidable oso, ni la sagaz comadreja, ni el ágil conejo lograron escapar de su destino, y todos ellos al unísono visitaron el más allá de los animales. El buen dios de los bosques guarde las animaladas almas de estos jugadores, perdone sus ambiciosos hábitos y olvide sus ilícitos quehaceres.

Casi todos los espectadores y testigos de tan extraña escena, corrieron despavoridos y creo que a la fecha lo siguen haciendo; sólo quedaron en el lugar seis ratones y cuatro topos, quienes felices y libres de sus jaulas, celebraron el hallazgo de diez libras de una fina, dulce y maravillosa miel, además de un enorme tesoro representado en veinte grandes, hermosas y deliciosas zanahorias.



Artistas

Hace muchos días, cuando el mundo era aún joven y yo era más joven que el mundo, conocí a un artista. Era ciertamente, pensé en el fondo de mi corazón, un gran versado en las artes de las letras, un genio en el universo de la música y un bendecido en el cosmos de la pintura; aunque por la juventud del mundo no había realmente muchas obras literarias para criticar, no existían muchas composiciones musicales para escuchar y eran escasas las pinturas para admirar.

La totalidad de la obra de este artista consistía en un poema de tres líneas, en una melodía de tres acordes y en una pintura de tres tímidos colores; sin embargo, todos los habitantes de la pequeña población se reunían al final del día a contemplar su majestuosidad.

Con el pasar de los tiempos arribaron más y mejores artistas, llegaron escritores de los cuatro puntos cardinales, músicos de las más alejadas geografías y pintores de las más remotas tierras. Llegó a existir tal número de libros, tal volumen de piezas musicales y tal cantidad de pinturas, que los aldeanos se vieron, rápida y presurosamente, agobiados y saturados. De tal suerte que se perdió la hermosura que habita en el acto de leer, se olvidó la grandeza que conlleva el ejercicio de escuchar y se extravió la belleza que se experimenta en el acto de contemplar.

Ya han pasado muchos veranos, la pequeña aldea es ahora una gran metrópoli y en estos tiempos de ancianidad, me pregunto por los nuevos habitantes de la neófita ciudad, pues poseen cientos de libros que no leen, miles de obras musicales que no escuchan y se jactan de tener millares de pinturas que ni contemplan ni admiran.

Aun así, lo que más me sorprende de estos tiempos presentes, es advertir cómo aquella tímida obra, fruto de la imaginación de aquel primer artista, hoy sea considerada un gran clásico de la cultura y una inspiración para los nuevos artistas, lástima que su creador hubiese muerto hace tantos años y no lograra saberse célebre.



El cumpleaños del filósofo

Para el respetado maestro de filosofía, aquella no era una noche corriente. La luna que iluminó su faz en el cenit de la tarde, le recordó que era su noche especial, la fecha más importante de aquella época y la época más importante de aquellas fechas... era su cumpleaños.

Pensó para sus adentros que nada opacaría su momento, se sentía fuerte y liviano, se reconocía poseedor de una muy buena salud, se ufanaba de tener una bella esposa y siempre alardeó de poseer unos hijos maravillosos. Y aunque casi llegó a creer que todo en su vida marchaba bien y que el ritmo de sus días danzaban conforme a sus intereses, a sus anhelos y a sus más caprichosas fantasías, nuestro maestro de filosofía sabía, muy en el fondo, que la existencia humana no conoce de completud, que el estado de saciedad es ciertamente una utopía y que sentirse demasiado seguro de las cosas hace que las cosas se tornen inseguras.

Al llegar a casa, luego de una grandiosa jornada de trabajo, se sintió dispuesto a la bulla, al jolgorio y la algarabía de sus hijos y su esposa, pero fue grande su descontento cuando al ingresar a su morada se advirtió solo y en un inconmensurable silencio.

¿Acaso no habrán recordado mi cumpleaños, será posible tal olvido?

Mientras cavilaba, triste y melancólico sobre este asunto, escuchó que tocaban a la puerta y se dispuso rápidamente a atender el llamado; su corazón contenía la esperanza que habita siempre en el acto mismo de esperar.

Se sorprendió cuando al abrir la puerta quedó frente a un hombre desconocido, un hombre de mirada profunda y con un profundo sentido al mirar.

—*Buenas noches*—dijo el extraño hombre.

—*Buenas noches* —respondió el profesor, quien entre tanto y tanto miraba a la derecha y a la izquierda, esperando advertir aquella sorpresa que anhelaba.

—*¿Me puedes invitar a cenar?* —preguntó el desconocido.

—*La verdad no sé, pues no te conozco y no soy de aquellos que gustan de cenar con cualquier extraño que toca a la puerta.*

—*Claro, claro, ya veo... en ese caso permíteme preguntarte, desde aquí afuera, ¿cómo te ha ido en tu cumpleaños, qué tal la estás pasando esta noche, cuántos obsequios te han brindado, quién fue la primera persona en felicitarte, de quién recibiste el primer beso y el primer abrazo en esta fecha tan especial? Y... ¿Por qué nunca me has invitado a cenar?*

—*Bueno, bueno, esas son muchas preguntas, imagino que mi esposa te contrató para algo relacionado con mi cumpleaños, así que adelante, pasa y siéntate.*

—*Gracias, muchas gracias, tú siempre has sido muy amable. ¿Y cómo va todo?*

—*Bien, bien, gracias. Pero, ¿por qué dices que siempre he sido amable, cuando la verdad, no te conozco y es la primera vez que te veo?*

—*En realidad esta es la primera oportunidad en que me ves, pero no es la primera ocasión en la que te observo. Incluso, recuerdo aquel hermoso día de tu nacimiento, fue un majestuoso lunes 15 de octubre de 1973. Todavía puedo sentir tus miedos, tus ansias y tus enormes deseos por venir a este mundo. La verdad, créeme, fue un bello y extraño día. Además es increíble que yo, precisamente hoy, también esté cumpliendo 33 años de vida. De igual forma rememoro, tristemente, el fallecimiento de tu madre tan solo unas semanas después de tu nacimiento y la tremenda angustia de tu padre durante los años seguidos... pero bueno... imagino que eres sabedor de todo ese dolor.*

—*¡Oye, oye!, no comprendo muy bien lo que dices, ni entiendo lo que haces, pero quiero que sepas que no es gracioso y si esto es una broma de mi esposa y mis hijos... te repito, que no es para nada gracioso. De hecho, me estoy sintiendo molesto y muy incómodo, creo que es mejor que te retires y que no vuelvas a mi casa.*

—*Lamento mucho haberte incomodado, no fue esa mi intención; solo quería que me invitaras a cenar y recordarte el pequeño obsequio que te compartieron hace treinta y tres años.*

—¿Cuál obsequio?, ¿cuál regalo...? Te estoy diciendo que no te he visto nunca en mi vida. ¡Fuera de mi casa! ¡Y no vuelvas nunca! ¡Maldito loco! Respeto la memoria de mi madre y no te atrevas a hablar sobre el dolor de mi padre... fuera y no molestes más.

Dos horas después de este excepcional incidente, llegó la esposa del profesor y treinta minutos después llegaron sus dos hijos; le cantaron amorosamente la canción de cumpleaños y le entregaron variados y hermosos obsequios. Luego, mientras cenaban en familia, el homenajeado maestro comentó lo acaecido con aquel extraño hombre, pero nadie supo dar respuesta o explicación a tan anormal asunto.

Pocos días después, mientras organizaba su espléndida biblioteca, el profesor de filosofía encontró, acaso por efectos de la suerte y el azar, una vieja y amarillenta carta que había sido escrita treinta y tres años atrás por su madre y en cuya inscripción se leía claramente:

Este es un obsequio para ti... mi bien amado y recién llegado hijo, para que nunca te sepas solo, para que el olvido no haga mella en tu memoria y para que me recuerdes siempre, te regalo estas palabras "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él y él cenará conmigo" (Apocalipsis 3, 20).



Las preguntas del maestro

Han transcurrido treinta y tres años desde que terminé la escuela y ayer, por esas cosas del destino, tuve la posibilidad de recorrer los pasillos y los corredores de aquella, que en su momento fuera mi segunda casa. Estaba prácticamente igual; sus paredes eran del color de mis recuerdos, los tableros estaban en las mismas condiciones que los pensaba mi memoria y el sonido de aquel timbre me transportó varias décadas atrás... incluso, la voz que escuché a lo lejos logró transfigurar mi rostro.

No había duda, era la voz de mi maestro; la voz de aquel que me enseñó las primeras letras y me introdujo en el mundo de los números, los pesos y las medidas. Pero algo había cambiado, pues en ese tono de voz ya se sentía el cansancio de los años y en la intensidad de la misma se evidenciaba la ausencia de la fuerza, propia de aquel maestro joven que algún día conocí.

Logré escuchar las preguntas que formulaba a sus estudiantes y fue inevitable sonreír al recordar que esos mismos cuestionamientos los atendí muchos años atrás.

—¿Qué es la fotosíntesis? ¿A cuántos gramos equivale un kilo? ¿Quién descubrió América? ¿Por qué es importante estudiar? ¿Dónde queda el mar rojo? ¿Cuál es el tercer mandamiento de la Ley de Dios?

Al salir de su clase, aquel viejo maestro me reconoció, sonrió cálidamente y me dijo:

—Me encanta jugar a las preguntas.

—Eso veo estimado profesor, aunque permítame decirle que son las mismas preguntas que me hizo tres décadas atrás.

—Sí, en eso tienes razón. ¿Y a qué te dedicas ahora, mi querido Miguel Ángel Agudelo Ortiz?

—Bueno profesor... yo, yo estoy sorprendido con su excelente memoria... pero bueno, soy un exitoso hombre de negocios y estoy aquí porque he comprado los terrenos de esta escuela y construiré un enorme centro comercial, que de seguro traerá progreso y desarrollo a toda esta región.

En ese preciso momento, el profesor me interrumpió y con una voz temblorosa y anhelante repuso:

—Como te dije antes, me encanta jugar a las preguntas. ¿Te podría hacer algunas?

—Claro que sí profesor, no hay ningún inconveniente —le dije en medio de la seguridad y la confianza de aquellos que se saben ganadores.

—¿Qué pasa con aquellos hombres que guardan tantas cosas en su corazón, que olvidan guardar su corazón para tantas otras cosas... como las preguntas simples de la escuela? ¿Qué acaece con aquellos pueblos que convierten su educación en una actividad de mercado y venden su historia, su tradición y su cultura al mejor postor? ¿Dónde, sino en la escuela, un hombre se hace niño para cuidar a los niños y un niño se hace hombre para transformar el mundo? ¿Quién, sino un maestro, saldrá a la defensa de un viejo y roído lugar donde vio hacerse hombres a todos los niños, pero del cual los hombres, ya olvidados de ser niños, no tienen siquiera señales de memoria y en cambio, son fructíferos en su olvido? ¿Será que en el hermoso centro comercial que construirán en este sacro lugar donde está la escuela, alguien osado, valiente, pero anacrónico e incomprometido hombre, enseñará a los hombres del mañana la difícil tarea de aprender a conjugar en plural aquellos verbos como: tener, lograr, ganar, triunfar, competir y otros tantos que parecen importarle en demasía a los hombres de estos tiempos presentes?

—Bueno, yo realmente... bueno, yo no podría responder eso señor profesor. Lo que sí le puedo asegurar es que este nuevo proyecto generará muchos empleos para la región.

Advertí mucha tristeza en los ojos de aquel viejo maestro, sentí pena por su dolor y experimenté una extraña y ligera sensación de vergüenza por aquellos niños que, sin conocerles y sin saber de sus sueños, se quedarían sin la vieja y anticuada escuela... pero, este sentir desapareció cuando llegó uno de mis socios y confirmó la aprobación, por parte del gobierno municipal, del nuevo y espectacular proyecto del centro comercial, cuyo nombre y eslogan sería: "Mall comercial tercer milenio, donde tener más es siempre ser más".

En ese preciso momento sonó la campana y el viejo maestro se marchó arropado bajo el abrazo de muchos de sus estudiantes, quienes, en medio del barullo y la algarabía, le invitaban a iniciar la clase... y creo, por lo que percibí en su rostro, le hacían olvidar el dolor propio de aquellas preguntas que me hiciera tan solo unos minutos antes.



La oración

En cierta oportunidad, una madre abnegada, virtuosa y generosa se disponía, como lo hacía todas las mañanas, a despertar a su pequeño hijo. El objetivo, como el de todas aquellas otras auroras, era el mismo, a saber, su primogénito debía levantarse, organizarse y estar presto a iniciar su jornada escolar.

Como acaecía en cada amanecer, la madre acariciaba con su amorosa mano el tierno rostro de su pequeño, quien siempre al despertar le obsequiaba una hermosa mirada y una espectacular sonrisa.

—Buenos días mí amado hijo. ¿Cómo amaneciste? —decía la madre con un tono enamorado, una mirada de gratitud y un gesto de benevolencia.

—Muy bien mamá, he dormido espléndidamente y mis sueños han sido fantásticos, tanto, que quisiera que fuesen realidad y que lograras ser partícipe de todos ellos.

Nadie se atrevería a interrumpir tan noble conversación, nadie osaría en reprochar las palabras de uno y otro interlocutor, de ninguna manera pensaría un hombre, ni siquiera el más salvaje, que el vínculo entre la madre y su pequeño podría romperse por alguna extrañeza del lenguaje. ¿No somos acaso del pensar que todo aquello que se dice con amor está bien dicho y que lo bien dicho con amor resulta fácilmente entendible por nuestro bien amado?

—Dime hijo mío —preguntó la madre en un tono afable, sensible y lleno de afecto—, ¿Rezaste tus oraciones al anocheecer? ¿Ya te aprendiste la bonita plegaria que te enseñé ayer en la tarde? ¿Cumpliste con tus obligaciones de repetir las sagradas palabras en la noche, para así tener un bello amanecer?

—Lo siento madre —respondió el pequeño—, me olvidé de rezar en la noche, tampoco memoricé la plegaria que me enseñaste ayer y te confieso que no cumplí con mis obligaciones de repetir las sagradas palabras al final del día.

El enojo, la molestia y la tristeza de la madre se hicieron evidentes; su tono de voz no fue el mismo, de su rostro desapareció la mirada tranquila y su ademán de gratitud se tornó en gesto altivo, descortés y algo soberbio.

—¿Cómo te atreves, hijo mío, a olvidar tu rezo en la noche? ¿Acaso no te percatas de la importancia de mantener viva la tradición y el hábito de rezar? ¿Cómo te arriesgas a olvidar tan hermosas plegarias y tan milenarios cánticos? ¿Acaso no has aprendido que la diferencia entre los hombres de bien y los malvados, está dada por la práctica misma del rezo y la acción misma de rezar? Levántate inmediatamente, pues antes de ir a la escuela hemos de pasar por el templo y buscar a un sacerdote para que le confieses tu pecado. Aun así —prosiguió hablando la molesta y triste madre—, quiero que me digas ¿por qué te olvidaste de rezar?.

El pequeño niño, quien no lograba comprender la postura de molestia y angustia de su madre, como tampoco alcanzaba a interpretar y a descifrar el evidente error cometido, solo atinó a responder sencilla, lenta y calmadamente:

—Madre, ayer en la noche, cuando me disponía a iniciar mis rezos, de manera intempestiva y sin que yo las invitara, llegaron a mi mente siete preguntas, cuestionamientos que decidí compartir con el buen Dios y sobre los cuales dialogué largamente con Él.

¿Son las blancas nubes en el cielo azul tu algodón favorito o son solamente adornos para decorar el azul profundo de tu casa? ¿Cómo podrás verme y cuidarme cuando, según dice mi mamá, vives encima de las nubes, en tanto mi vida se desarrolla aquí abajo? ¿Estás enojado conmigo, por haberme reído durante el largo y tedioso sermón en la iglesia o por el contrario también reíste sana y alegremente, mientras que yo alegre y sanamente reí? ¿Podrás perdonar mi baja concentración y mi poca retentiva, cuando de aprender rezos de memoria se trata o tendré que verme obligado a recitar jaculatorias, invocaciones y súplicas que serán el fruto de una memoria marchita y se marchitarán en mi memoria? ¿Comprenderás mi razonar, mi lenguaje y mi ser de niño o tendré que pensar, hablar y actuar como adulto para que te dignes a dialogar conmigo? ¿Con quién, sino contigo, podré expandir mi alma, hablar de la primavera en el invierno de los tiempos y dirigir hacia ti mis esfuerzos más humanos en esta humanidad llena de esfuerzos? ¿A quién, sino a ti, podré preguntarle por el destino último de los sueños fallidos, de aquellos fallidos hombres que en alguna oportunidad alegremente soñaron?

La madre, perpleja y confundida, ante los cuestionamientos referidos por su hijo, no halló otra explicación más que la de señalarle loco, pensarle hereje y declararle trastornado. Aún hoy después de treinta y tres años y luego de haber sido objeto de estudio de un médico quien trató su locura, un exorcista quien intervino su herejía y un psicólogo quien asistió su trastorno, nuestro ya adulto amigo sigue haciéndose las mismas preguntas, mientras que su ya anciana madre le sigue considerando loco, hereje y trastornado.



La vejez

En cierta ocasión, se encontraron en un afamado mercado de Roma dos viejos ex gladiadores; sus cuerpos estaban lejos de ser lo que en épocas remotas significaron, sus ojos ya no brillaban con el ímpetu de aquellos días del ayer y en su lento caminar se podía apreciar la fatiga, fruto de las campañas que se libraron en esos días que ya no son sino en el recuerdo.

Pasaban desapercibidos por los transeúntes, eran invisibles para los mercaderes y ni siquiera sus contemporáneos lograban recordar las proezas de estas dos desventuradas almas; ni sus gestas, ni sus hazañas, ni sus valerosas empresas hicieron mella en la esnobista memoria de todos aquellos que los contemplaron alguna vez en las arenas del circo.

—De haberte enfrentado conmigo en aquellos años de juventud —dijo uno de los gladiadores—, de seguro habrías sucumbido al filo de mi espada y tendrías que cargar ahora con una vergonzosa derrota, además en tu rostro leería el temor que te procuraría el verme. Aun así —continuó hablando el viejo y presumido ex gladiador—, la vida fue benévola contigo y te ahorró todo ese pesar y todo ese dolor.

—¿Para qué sirve un soldado que no pretende ir a la guerra, cómo puede ser útil un escudo que no protege y qué valor posee una fina espada en las manos de hombre necio? Los años han transformado mi fuerza en voluntad, mi velocidad en paciencia y mi temeridad en prudencia. Créeme, viejo amigo, que ya los enemigos de mi presente no están en estas arenas, que los nuevos espantos de mis días viven ahora en la soledad de mis noches y que la fuerza que no tengo ha sido reemplazada por la fe que no tenía.

—Pero, ¿qué dices?, ¿te has convertido acaso en el más insensato de todos los hombres?, ¿no recuerdas aquel discurso que reza “gladiador, siempre gladiador”? No me salgas con esas palabrerías y lucha conmigo, estúpido viejo cobarde.

Una robusta, fea y agresiva mujer interrumpió la charla de los dos viejos ex gladiadores y refiriéndose con palabras obscenas y de grueso calibre, gritó al más agresivo de ellos:

—Descuidado y atolondrado hombre, “gladiador, siempre gladiador”, ¿cuántas veces te he dicho que no salgas de la casa sin realizar los quehaceres? ¿Hasta cuándo crees que tendré la paciencia para soportar tus historias de glorias pasadas y cuánto crees que soportaré tus desatinos en el presente? Vete a casa y cumple con las obligaciones que te corresponden...

El viejo ex combatiente asintió con la cabeza gacha a todas las peticiones realizadas por la furiosa mujer, mientras miraba apenado a su compañero ex gladiador, quien entre los escasos dientes que le quedaban murmuraba:

—No te preocupes, a esto hemos llegado todos mi querido amigo: “gladiador, siempre gladiador”.



Los creyentes

En cierta ocasión se encontraban dialogando dos famosos guías religiosos; ambos argumentaban de manera devota, organizada e incluso racional la supremacía ideológica de su saber. Luego de muchas horas de discusión, de enormes reproches e incluso de haber experimentado deseos por abandonar la conversación, ambos personajes decidieron tomarse un tiempo para respirar, repensar lo dicho y lo escuchado e intentar nuevamente presentar una argumentación digna de su estatus religioso. Se acercó a ellos un vagabundo, quien por azar había sido testigo mudo de semejante disputa y con voz temblorosa y anhelante, como la que poseen aquellos menesterosos que habitan en la abundancia ajena, les preguntó por la mejor ruta existente para llegar al corazón de un hombre.

—*La religión, claro está* —Le respondió el primero de ellos.

—*No* —dijo el segundo—. *La mejor manera de llegar al corazón de un hombre es la práctica constante de las virtudes y del bien obrar.*

—*Absurda es tu respuesta* —le gritó el primero al segundo—. *Ya que no es posible pensar la religión sin la buena práctica moral.*

—*No pensé que fueras tan improductivo en tu pensar* —le respondió el segundo al primero.

—*¡Cómo te atreves a hablarme de ese modo!, he sido muy generoso contigo y no he querido lastimar tu ego de hombre religioso, pero ya me has molestado bastante y creo que estoy en mi derecho y en mi deber de decir que tu ignorancia sobre las cosas de Dios, no puede sino compararse con tu grosería, tu soberbia y tu engañosa altivez.*

—*¡Qué el buen Dios me guarde y me proteja de poseer un conocimiento tan ínfimo, tan insignificante y tan pequeño como el tuyo!, creo que he perdido mi tiempo y que ahora es el tiempo adecuado para que el hacedor de todas las cosas castigue tu imprudencia, sancione tus malas acciones y juzgue severamente tu ignorancia, tu desconocimiento y tu estúpida osadía.*

En ese propio instante, ambos religiosos llevaron sus manos al cuello de su interlocutor, siguieron hablando con palabras obscenas sobre la sabiduría del otro y se dirigieron de malas maneras, uno y otro, a aquella mujer quien les había traído a este mundo.

El vagabundo miró la escena y cerró sus ojos, como lo hacen aquellos que desearían cambiar la realidad. Esperó unos cuantos instantes y se alejó sin una respuesta, sin una palabra de aliento y con un nuevo vacío en su corazón. Pensó y se dijo para sus adentros:

—Soy feliz porque creo en Dios, estoy tranquilo porque camino lejos de aquellos que dicen saber mucho sobre muchas cosas... y realmente me siento libre, porque camino lejos de aquellos que se autoproclaman filántropos.



La reinvencción de la felicidad

No estaba lo suficientemente turbado como para expresarle a alguien lo que habitaba en mi espíritu, pero tampoco estaba lo suficientemente tranquilo como para dejar pasar por alto mi malestar. Mi alma no era la de otros amaneceres y mi entendimiento, ciertamente, poseía un aire gris y una estructura densa y pesada.

Cualquier hombre moderno diría que me hacía falta un poco de dinero, de acción y hasta de aventura. En efecto así lo era, o al menos así lo creía yo como digno representante de la modernidad.

Salí a dar una vuelta por los alrededores y terminé sentado en una silla del parque, pensé para mis adentros, tal vez el ver a un grupo de ancianos hablando y escuchar un poco de historia patria me anime; pero ningún veterano visitó el parque aquella mañana. Pensé entonces que tal vez los niños me animarían, pero los muy tremendos ni se asomaron por donde mi tristeza y yo nos encontrábamos. Me dije entonces, en un parque siempre hay enamorados, tal vez esa es la escena que reconstruirá mi alegría, pero para mí desencanto y desconcierto, no advertí ni a uno solo de estos seres; increíblemente ni palomas habían en aquella oportunidad.

A lo lejos logré ver a un hombre y reconocerle como aquel que en su juventud, hubiese sido mi maestro de escuela; para mi sorpresa, le evidenció viejo y con un triste gesto en su faz. No había yo dicho una palabra, cuando aquel hombre taciturno y de aspecto frágil me dijo:

—Siete preguntas quiero hacerte y siete respuestas puedes darme, una por cada pregunta. —A lo que accedí con la cabeza, con los ojos muy abiertos y con la boca muy cerrada.

—¿Cuánto vale tu primer aliento en la mañana y de tener un costo, quién lo paga? ¿Cuánto vale tu descanso durante la fría noche y quién asume ese gasto en las horas de sueño? ¿Quién te regaló un alma para que nunca te sientas solo y cuándo diste las gracias? ¿Si sabes que el mejor alimento del

día es el que se comparte en familia, por qué no agradeces cuando estás a la mesa? ¿Cuánto dinero tenías en los bolsillos cuando la vida te dijo que vendrías a este mundo? ¿Cuánto léxico debías poseer, cuando apenas eras un niño, para decir... mamá? ¿Qué te llevarás a esa inevitable cita que tenemos con la muerte?

Amigo mío, si has meditado sobre estos asuntos es porque hoy no necesitas dinero, ni aventura y mucho menos acción. Recuerda siempre que la riqueza de un hombre, de una sociedad y de una cultura no radica en su posibilidad de comprar, sino en su imposibilidad de vender aquello que ya le ha sido regalado y sobre lo cual se ha de trabajar incesantemente... la vida, la vida buena y la vida digna.



De maestros y estudiantes

Aún recuerdo las palabras de aquel viejo maestro de escuela, sus relatos anacrónicos, sus historias llenas de óxido y sus consejos repletos de anhelos que nunca se cumplieron, pues nunca nadie le escuchó.

Recuerdo además, con gratitud y algo de rabia, aquella oportunidad en la que me sorprendió cometiendo fraude en el examen parcial del curso... bueno, también rememoro la ocasión en la que me atrapó chantajeando a un compañero para que este me anotara en su trabajo, actividad académica en la que por supuesto, yo no había participado; aunque, bien sea dicho de paso... también recuerdo aquel día en el que me descubrió cambiando mi hoja de respuestas por la de otro compañero... ¡ahhhh... tiempos aquellos!. Así mismo, resulta imposible olvidar sus palabras: “Hijo mío, que la responsabilidad no se escape entre tus dedos”

De igual manera y siendo muy sincero con ustedes, cualidad además que valoro bastante, la fecha y el asunto que más me emociona recordar, fue aquella desventurada circunstancia en la que el buen profesor, por efectos del azar y el infortunio, me vio abriendo el archivo donde guardaban los boletines de calificaciones; yo, obviamente y con lapicero en mano, me aprestaba a alterar mis notas y las de otros tantos quienes, previamente, me habían entregado algún dinero. Como siempre, sus palabras fueron: “Hijo mío, que la responsabilidad no se escape entre tus dedos”.

No poseo un léxico lo suficientemente florido para describir esas innumerables miradas, llenas de abatimiento y desencanto, de aquel viejo maestro; tampoco soy capaz de graficar sus gestos, muecas y ademanes, aunque en todos ellos advertí el dolor, la congoja y la angustia que habita y convive con todos aquellos que son sensibles frente al error ajeno. Mis padres, quienes me amaron profundamente, nunca le creyeron y en cambio, siempre lo advirtieron como un hombre que mentía triste e irremediamente.

Ya han acaecido muchos otoños desde que terminé la escuela y ahora me dedico, con ímpetu y frenesí, al mundo de las apuestas y las drogas ilícitas; en honor a la verdad he de confesarles que me va muy bien, que las autoridades me ayudan de cuando en vez y que el negocio crece y se expande día a día. La gran mayoría de mis clientes suelen ser jóvenes incautos e inmaduros, hombrecillos llenos de ambición y con la ambición de estar siempre llenos.

En cierta oportunidad, me visitó uno a quien nunca le había visto, en sus ojos advertí un alma lúcida y transparente, en el tono de su voz escuché la armonía y la serenidad de aquel que se sabe en paz para consigo mismo y en su pregunta reconocí la sana inocencia; parecía realmente un buen muchacho. Por supuesto, me dispuse a ofrecerle mi asesoría y le exhorté a convertirse en cliente y consumidor asiduo. Pensé para mis adentros que con visitantes así, tímidos y fáciles de timar, mi negocio crecería exponencialmente.

No habían transcurrido siquiera tres meses, cuando aquel joven de aspecto agradable y bonachón estaba transformado en todo un espantapájaros humano; sus ojos ya no brillaban como antes, su voz se tornaba oscura y sus preguntas, lúgubres y sombrías, ya no indagaban ni por el sentido de la vida ni por el significado del vivir.

Ayer me visitó de nuevo y como siempre le vendí, a un muy buen precio para mi negocio, una gran dosis de droga. Mientras me encontraba atendiendo a unos nuevos y referenciados clientes, ese joven, a quien nunca le interrogué por su nombre, se desplomó al piso, miró al cielo, como lo hacen aquellos que logran ver lo que está oculto detrás de todas las cosas y susurrando a mis oídos, antes de morir, me compartió estas palabras:

—Hace tres meses perdí a mi anciano y amado padre, de verdad te digo que no logro olvidar sus palabras, en mis días y en mis noches le escucho diciéndome: “Hijo mío, que la responsabilidad no se escape entre tus dedos”.



El salario

- ¿Cuánto dinero necesitas para hacer bien tu trabajo?* —le decía, con voz fuerte y severa, el muy experimentado rector a su nuevo profesor.
- Lo suficiente para estar tranquilo y llevar una vida sosegada y en paz* —le respondía, en tono sereno y tímido, el joven maestro.
- ¿Cuánto es eso?* —volvía a replicar el primero.
- Lo necesario para alejar las sombras del hambre, escapar de las penurias y las necesidades de estos tiempos presentes y forjar un porvenir placido y cálido para los míos. Realmente el salario que solicito es aquel que me permita llevar una vida buena y una existencia enmarcada en parámetros de dignidad, eso es todo...* —respondió nuestro joven maestro.
- ¡Hummm, hummm! Si escapas de todas esas privaciones y tribulaciones, si desaparecen los temores por el futuro y si la canción del abismo económico no te asusta, ¿quién me garantizará tu desempeño laboral?, ¿quién me podrá decir que realizarás tu labor con un sentido ético de respeto y responsabilidad?, ¿acaso no adviertes que la necesidad y la escasez son ciertamente parientes cercanas de la obediencia y hermanas mayores de la sumisión y la dependencia?, ¿no eres acaso sabedor de la importancia de los menesterosos en la extensa cadena alimenticia de la economía contemporánea? Creo que el salario que me solicitas es muy alto y no estoy dispuesto a pagar dicha cuantía* —dijo el experimentado rector—. *Si lo deseas, te ofrezco la séptima parte de lo que me refieres. Estoy seguro que podrás sobrevivir con ello; además recuerda que no es bueno ser ambicioso, pues sin lugar a dudas es un mal ejemplo para los estudiantes. ¿Aceptas?* —Preguntó el endiosado rector.
- Está bien* —dijo el joven maestro. Y se dispuso a preparar sus clases de filosofía; pues sabía que era muy importante enseñar a pensar a sus discípulos.



La muerte

En cierta ocasión, la muerte decidió viajar a una lejana y extraña villa; hacía muchos años que nadie moría en aquel lugar. A su llegada divisó las viviendas de la ciudad y escudriñó hasta los más sombríos lugares de la misma. Finalmente resolvió ir a la casa más lujosa de la ciudad. Esperó y cuando la noche estaba más oscura entró al cuarto del dueño de la mansión y le besó en el rostro. Cuando el hombre aterrorizado por semejante visita logró siquiera modular una palabra, la muerte se asombró por el discurso del moribundo hombre:

—¡No me lles, oh poderosa muerte! Mañana realizaré el negocio más importante de mi vida y estoy esperando un enorme cargamento de mercancía que he conseguido a un buen precio en tierras muy lejanas; ¡si es de tu agrado, te regalaré joyas y tesoros indecibles para los hombres!

La muerte se sorprendió de tal manera que abandonó de inmediato aquella habitación. Pensó entonces, me dirigiré a una vivienda un poco más humilde... y fue finalmente a parar a la casa de un profesor y comerciante de conocimientos. Se acercó al hombre y le besó en el rostro, el hombre despertó y ante una imagen tan funesta dijo:

—¡No me lles, oh implacable muerte! He trabajado muy duro para sostener a mi familia y para ser querido y respetado por esta comunidad. ¡Si deseas, puedo hablar maravillas de ti frente a mis discípulos y lograré que tu nombre sea amado, respetado y comprendido!

La muerte volvió a sorprenderse ante tal respuesta y decidió alejarse rápidamente de semejante sofista. Finalmente, caviló un rato y decidió ir por el hombre más pobre de la ciudad. Ingresó a la humilde morada y besó al hombre en su rostro. Cuando aquel menesteroso se percató de tan extraña visita, se alegró en su corazón y gritó a voz llena:

—¡Oh muerte!, ¡oh amada y querida muerte!, ¡por fin has escuchado mis súplicas y mis padecimientos!, tú eres la mano que tiende la vida, eres la salvación a tantos años de hambre, luto y miseria. Por ti, sé que existen lugares mejores y que la canción del abismo no atormentará más a mi muy atribulado corazón. Te he esperado mil noches y ahora, este es nuestro momento. ¡Oh querida y esperada

muerte!, el hambre duele en cada frágil músculo de mi decadente cuerpo, las salvajes dolencias de mi enfermedad me han convertido un salvaje hombre y mi alma ya no puede con tanta soledad... ¡me alegra tanto verte!

Fue tan grande la sorpresa de la muerte que no atinó sino a desaparecer en el instante y a meditar sobre la angustiada existencia de aquel desdichado.

Al amanecer, la muerte no se había llevado a ninguno de los tres hombres y fue grande su descontento. Pensó una y otra vez en las respuestas de cada uno de aquellos a quienes visitó. Finalmente, resolvió actuar y cuando el día estaba en su hora más clara y había más luz por sobre el horizonte, decidió llevarse a los tres; al primero por su enorme egoísmo, al segundo por su gigante espíritu servil, y al tercero por su gran desapego a la vida.



La escuela culpable

Un padre de familia notablemente molesto por el rendimiento académico de su hijo, la evidente falta de seriedad para con su proceso de autoformación y la más fehaciente, indecible y colosal pereza para todo aquello que tiene que ver con la escuela, decide ir al lugar donde estudia su primogénito, hablar con las directivas del plantel y enfrentar, cara a cara, al viejo y anticuado maestro.

—*Buenos días* —le dice, en tono serio y áspero, el molesto papá a la secretaria del plantel educativo.

—*Buenos días señor, bienvenido a la escuela San Miguel, donde la formación de seres humanos es lo más importante* —respondió la Secretaria. En el tono de su voz se evidenciaba la fatiga y el agotamiento propio de aquellos que siempre dicen lo mismo y lo repiten siempre de la misma forma.

—*¿Formación, formación... cuál formación? Si mi hijo estudia en este colegio y no sabe ni leer, a duras penas reconoce las operaciones básicas y ni que decir de sus modales... realmente, no sé de qué formación me habla.*

En el volumen de la voz del molesto padre, ya se hacía presente la rabia y la furia manifiesta que experimentan aquellos que se sienten engañados.

—*Buenos días señor, ¿en qué le puedo servir?* —le dijo en tono amable el Coordinador, quien se había hecho presente luego de escuchar el legítimo reclamo del molesto papá.

—*No quiero hablar con usted, no deseo hablar con intermediarios, lo que necesito es hablar con el Rector y con el maestro de mi hijo.*

—*Muy bien señor, por favor cálmese, yo le puedo colaborar. Dígame en qué grado está su hijo.*

—*En tercero... ¡no, no, no yo creo que está en cuarto! Bueno, la verdad es que pienso que puede estar en quinto, pero la verdad no recuerdo...*

—Bueno señor, no hay problema, aquí en el colegio San Miguel nos preocupamos por todos nuestros estudiantes. Dígame, ¿cuál es el nombre del profesor de su hijo?

—¡Eh!, ¿cómo es que se llama? Creo que su nombre es... bueno, la verdad tampoco lo recuerdo.

—No hay problema —decía en tono de asombro el Coordinador del colegio—. Aquí tenemos varios profesores, le llamaré a los docentes que trabajan en los grados en los que usted cree que puede estar su hijo.

—Muchas gracias señor Coordinador —dijo el enfadado papá.

Uno a uno fueron llegando los docentes que el Coordinador llamaba y cuando eran más de diez, el molesto papá se deshizo en prosa y con tono agresivo y altanero les dijo:

—¿Cómo puede progresar un país, cuando los maestros no enseñan, las directivas no dirigen y los colegios no forman? ¿Qué puedo pensar de aquellos que tienen la función de educar cuando veo a un hijo tan mal educado? ¿Cómo confiar en una directriz que no se hace evidente en la educación de mi hijo? Realmente me dejan ustedes perplejo, no puedo creer que exista tanta mediocridad junta; ni los profesores, ni las directivas, ni las políticas educativas funcionan en esta escuela. Haber, yo quiero saber quién es el maestro de mi hijo.

En ese momento sonó el teléfono celular del molesto padre, quien luego de advertir que la llamada era de su cónyuge, les dijo a los maestros:

—Pondré el teléfono en alta voz, porque quiero que todos ustedes escuchen lo que piensa mi esposa de esta horrible institución.

—Amor, ¿dónde estás? —dijo la esposa—. El rector, el maestro y yo; te estamos esperando desde hace varios minutos... por favor no tardes, dime, dónde estás. ¿No me digas que te equivocaste de colegio?

El rostro, la postura corporal y el envalentonado tono de voz del furibundo papá, se transformó en una milésima de segundo, dejando descubierto, a los ojos de los maltratados maestros, a un hombre cuya vergüenza era mayor que su estatura.

El silencio imperó en aquel lugar y tanto el apenado hombre como los silenciosos maestros se retiraron lenta y calmadamente, arropados en una nueva y extraña sumisión, pero uno de los maestros, el más joven por cierto, se devolvió y mirando a los ojos al avergonzado progenitor le dijo:

—¡Y qué pensar de un país que maltrata a sus maestros, de un pueblo que cree que la memoria es lastre y de una sociedad que edifica su futuro en las movedizas arenas de cosmogonías ajenas! y ¿qué decirles a todos aquellos que son del pensar que la justicia es venganza, la venganza virtud y la virtud desagravio? y ¿cómo hacer para que los que han de ayudar comprendan que este verbo se conjuga mejor en plural, se hace carne en la diversidad y habla el lenguaje de la diferencia?

El padre de familia miró al joven maestro y pensó que aquellas palabras se asemejaban más a un discurso hueco y vacío, que a una realidad cercana y latente. Luego de unos segundos se dispuso a ir, con la reserva de la rabia que aún le quedaba, a ese colegio cuyo nombre no sabe, a reclamarle a un rector que no conoce, a indagar por un curso que no recuerda y a cuestionar a un maestro de cuyo nombre no tiene idea.



Al final de todo

En muy distantes lugares murieron dos hombres, fallecieron del mismo mal, a la misma hora del día y bajo circunstancias milagrosamente parecidas. El primero de ellos había sido un gran jefe religioso, un reconocido guía espiritual y un hombre de mucho prestigio; el segundo, en cambio, había sido un hombre modesto, dedicado a la humilde profesión de maestro de escuela, de una sencilla economía y muy consagrado a su familia.

Al llegar a la sala de espera, que se ubicaba unos metros antes de la biblioteca celestial, ambos hombres entablaron conversación y se invitaron un café.

—Yo fui un gran afamado y reconocido obispo —dijo el primero—. Viví muchos años en El Vaticano, compartí con grandes y memorables hombres de estado, escribí importantes libros y recibí grandes reconocimientos; con toda certeza podría decirte que aquel hombre de blanca barba, que está sentado a la orilla de esta sala, es el célebre y famoso Pedro.

—Pedro —repuso el segundo hombre que había sido profesor—, ¿el apóstol Pedro? ¿El que aparece en varias narraciones bíblicas? ¿De aquel que dicen tiene las llaves del cielo? De seguro ha de ser grato conocerle, dialogar unos minutos y preguntarle por todo aquello que acaece en el más allá —comentó sonriendo el profesor.

En ese momento el obispo se acercó al hombre de barba blanca, es decir, al supuesto apóstol Pedro y con tono altivo y confiado, le dijo:

—Buenos días Pedro, llévame ahora mismo al lugar donde está tu jefe.

—¿Pedro? ¿A quién llamas Pedro? Mi nombre es Federico y nunca antes te había visto.

Un silencio incómodo, perturbador y letárgico inundó la atmosfera de la conversación y nuestro obispo experimentó un leve sentimiento de desengaño, rabia y vergüenza. Pasados unos cuantos minutos se oyó una voz que a lo lejos decía:

—Por favor, señores pasajeros ir subiendo al vagón número siete con destino al cielo; repito, favor abordar el vagón número siete con destino al cielo.

En ese instante un hombre, sucio y humildemente vestido, tomó de la mano al que era profesor y lo condujo hasta una confortable silla, en la parte delantera del tren; lo mismo hizo con el obispo, pero este le dijo:

—¡Cómo te atreves siquiera a tocarme!, ¿acaso no sabes quién era yo en vida?

—¡Claro que sé quién eras en vida! Mucho gusto —le dijo aquel sucio hombre—. Mi nombre es Pedro y quiero que te sientes en la última silla del último vagón... gracias.

Definitivamente, se dijo el buen Pedro, el ego de aquellos que se dicen religiosos es tan grande... que después de dos mil años y de haber tenido al mejor de todos los maestros entre ellos, no han logrado comprender aquello que “los últimos serán los primeros”.



Bailar

Un hombre ingresa a un salón de clases y logra advertir a un individuo, a quien le hace falta su brazo derecho, tratar una y otra vez de realizar una difícil ejecución de baile. El observador se sienta en silencio, contemplando el fracaso de aquel frustrado bailarín. Luego de un rato, el visitante decide hablarle al hombre que baila:

—Realmente te admiro, es arduo bailar con una sola mano y la pieza que tratas de ejecutar es notablemente difícil.

Pero el hombre que bailaba estaba tan concentrado, que no logró escuchar el comentario de aquel sujeto y lo único que hizo fue seguir bailando.

—Qué grosero —pensó entonces aquel sujeto que miraba.

Habían pasado unos cuantos minutos cuando el salón se empezó a llenar de gente, todas las personas saludaban con la misma frase al hombre al que le faltaba el brazo:

—Buenos días maestro, buenos días maestro... —A lo que el hombre respondía con un gesto y un ademán de gratitud.

El hombre que había observado desde el principio se dijo...

—¿Maestro?, pero si yo vi que no era capaz de realizar una difícil pieza de baile. —Entonces decidió preguntarle a uno de los asistentes al salón por qué le decían maestro a aquel hombre manco. A lo que el asistente respondió:

—Solamente observa y disfruta.

El hombre, al que llamaban maestro, se dispuso a bailar y fue tal su talento y su hermosura en la ejecución, que todos los presentes aplaudieron durante largo tiempo. Luego, se retiraban uno y otro con una sonrisa en los labios. Pero el más sorprendido fue aquel primer hombre cuando advirtió que el bailarín se dispuso a retirar, con la única mano que tenía, las prótesis de sus piernas y luego a guardarlas en una caja cuya inscripción decía: "Aquel que falla, es de naturaleza distinta a la de aquel que no lo intenta".



El destino

En el antiguo pueblo de Filos, muy cerca de mi ciudad de origen, vivía un hombre viejo a quien por sobre todas las cosas le encantaba hacer predicciones. Sus augurios siempre fueron valorados y estimados por los aldeanos, al punto que todos ellos acudieron, al menos una vez, a visitar al veterano hombre.

Mi madre, quien falleció hace ya muchos años, me comentó que en cierta ocasión le visitó y que fue grande su sorpresa, pues aquel hombre le entregó en un pedazo de papel los datos correspondientes a la que habría de ser mi fecha de nacimiento, mi profesión y el nombre de aquella que en un futuro lejano sería mi esposa.

Han transcurrido más de 30 años desde mi nacimiento y ayer, por vez primera y por efecto del azar, encontré el papel que habría escrito tres décadas atrás aquel adivino. Enormemente maravillado y sumamente descontento quedé al leer que mi nacimiento sería en junio, pues nací en abril; leí que la profecía de aquel hombre decía que yo sería comerciante y en cambio, soy maestro; pero, lo que más me sorprendió fue haber leído el nombre de aquella que, según el vaticinio, habría de ser mi esposa... pues, yo la conozco... es una mujer hermosa, culta e inteligente, pero... ya está casada.



Oportunidad

Un ángel y un demonio se encontraron en la cabecera de la cama de un moribundo hombre, ambas deidades habían sido enviadas por sus respectivos jefes y la tarea que les había sido encomendada consistía nada más y nada menos que en reclamar, para el más allá, el alma de aquel desahuciado personaje.

Mientras llegaba el momento final para aquel desvencijado hombre, nuestros mensajeros de la muerte decidieron dialogar un rato, compartirse algunas anécdotas y por supuesto, estudiar la historia de vida de aquel agonizante individuo, de manera que quedara claro quién habría de ser el encargado de asirse con dicho espíritu.

—Sabes —dijo uno de los seres del más allá—, cuando estuve vivo y disfruté de este mundo, me dediqué a la medicina y al cuidado de las bondades que oferta el buen mantenimiento del cuerpo. Fui un buen médico, pero cometí muchos errores... y sin lugar a dudas, anticipé la hora de la muerte de muchos de mis pacientes.

—Yo en cambio —dijo el segundo ser sobrenatural—, fui maestro de escuela y durante muchos años, me regocijé del saberme rodeado de mis estudiantes, de mis libros y mis escritos. Creo que fui un buen maestro, aunque he de confesarte que también cometí grandes errores; frustré muchísimos sueños y me divertí soñando, mientras frustraba otros tantos.

La charla entre los dos mensajeros de la muerte era amena y divertida, pero luego de estudiar, analizar y conocer la historia de vida de nuestro agonizante protagonista, uno de aquellos seres mágicos dijo en tono severo:

—Este hombre realmente ha sido un granuja, un mentiroso y un farsante; dialogaré con mi jefe y le solicitaré no llevar esta corrompida alma a nuestro maravilloso mundo, pues la contaminación de este espíritu degradaría el paisaje del lugar que con tanto ahínco y dedicación hemos construido.

—Yo tampoco deseo llevarme este famélico espíritu —dijo la segunda deidad—, pues su sola presencia desdibujaría el territorio y el escenario que tan cuidadosamente hemos erigido, además su hedor y su pestilencia son cada vez mayores.

La discusión entre el ángel y el demonio duró casi tres semanas, los argumentos de uno y otro evidenciaban el desgano por recibir esta desventurada alma, en tanto, se hacía cada vez más claro que la existencia de aquel hombre había estado enmarcada en hábitos que tendían a los excesos, en muestras fehacientes de insolidaridad y en la más mórbida falta de sentido humano.

Finalmente, aquellas mágicas criaturas otorgaron, con el aval respectivo de cada uno de sus jefes, una nueva oportunidad de vida a tan particular espíritu; de tal suerte y manera que nuestro protagonista recobró la salud y pudo, luego de varios días de reposo, retornar a sus quehaceres cotidianos.

Actualmente se dedica, como lo hacía antes de su enfermedad, a tomar importantes decisiones; incluso ayer en la mañana y luego de entonar el Himno de la República y de manifestar su alegría por estar nuevamente ejerciendo sus funciones públicas, le anunció a todo el país que, muy a su pesar, tendría que disminuir el presupuesto para la salud y la educación; aunque, agregó en su discurso, que la buena noticia era que el país participaría en un importante e internacional torneo deportivo.



El maestro leñador

En una pequeña y lejana aldea, al norte de mi país de origen, vivía un modesto profesor de escuela, quien en sus ratos de ocio trabajaba como leñador. De su padre aprendió a ganarse el pan con el sudor de la frente, y de su madre heredó el amor y el valor por las cosas bien hechas. En medio de un invierno fuerte y despiadado, tal vez el más duro que recuerde aquella lejana población, nuestro amigo cortó uno de los árboles más hermosos y antiguos del bosque para hacer un puente que ayudara a los campesinos a cruzar el río y les permitiera conseguir alimentos en tierras lejanas.

Este hecho indignó a los habitantes de aquella pequeña viña, quienes irritados con el maestro y leñador, le acusaron de falta de educación, de ignorante y de irrespetuoso frente a las buenas costumbres; por lo que decidieron castigarle con un vergonzoso y triste destierro.

Han transcurrido ya 33 años desde aquel incidente; el maestro leñador y sus acusadores ya han muerto y la pequeña población es ahora una gigantesca ciudad. Ayer la visité y me sorprendió ver como aquel puente es ahora considerado patrimonio histórico de la ciudad, incluso en la parte baja del mismo se alcanza a leer un manuscrito de aquel humilde profesor que dice:

“La vida, al igual que los puentes y la felicidad misma, no son una meta para lograr, sino un camino para recorrer; dispéñenme este primer paso”.



El trabajo

Alguna vez llegó un hombre humildemente vestido a una entrevista de trabajo, sus atuendos hablaban de una imperiosa necesidad, sus zapatos decían que ya habían recorrido grandes distancias y su rostro pedía a gritos una sola oportunidad.

Se sentó juicioso, serio y taciturno, como lo hacen los niños aplicados en el salón de clases, a contestar a las preguntas de la entrevistadora y entre tanto y tanto, admiraba la belleza propia de aquella mujer.

—*Tres preguntas te haré* —le dijo la bella dama. A lo que el hombre asintió con la cabeza.

—*¿Te gusta ver el primer rayo de sol durante una hermosa mañana de verano y escuchar el trinar y el cantar de las aves del campo?*

—*Sí, sí me gusta* —respondió emocionadísimo aquel sumiso hombre.

—*¡Qué bien!* —respondió su interlocutora.

—*¿Serías capaz de quedarte extasiado desde ese primer rayo de sol hasta la puesta de tan hermoso astro y aun así, no cansarte de tan maravilloso espectáculo?*

—*Sí, sí sería capaz* —respondió nuestro amigo. En su voz ahora habitaba la fuerza y en sus ojos se veía el ímpetu de su espíritu.

—*¡Qué bien, qué bien!* —volvió a decir la hermosa mujer que dictaminaba las preguntas.

—*Última pregunta. ¿Te sería fácil contemplar la magnificencia del cielo durante una noche estrellada y advertir la belleza, la magia y la mística propia de una hermosa luna?*

—*Sí, sí me sería fácil contemplar tales bellezas* —respondió nuestro obediente amigo.

—*En ese caso, el trabajo es tuyo* —respondió la mujer.

Y con voz serena y tranquila, como aquellas voces que nos procuran paz durante los tiempos difíciles, dijo:

—*Estoy segura de que serás un excelente espantapájaros humano. Además, estarás lejos de todo y cerca de nada, lo que hará más increíble la contemplación de la belleza del campo... que parece gustarte bastante.*



Los doctores

Cierto día, una madre angustiada por la salud de su único hijo acudió donde el doctor del pueblo y le expresó las dolencias de su pequeño. El médico, ante semejante descripción y al ver los fatales síntomas de tan hermosa criatura, que apenas temblaba al sol, como un corazón en la más intensa de las aflicciones, se dispuso a realizar los exámenes pertinentes. El pequeño retoño de vida parecía querer partir a un lugar lejano y acaso más placentero que su corta estancia en el tiempo presente.

Era fácil advertir que respiraba más por el amor y el dolor mismo de su madre, que por la fuerza de sus ya frágiles pulmones y su muy debilitado corazón.

No pudo ser más doloroso el dictamen médico, pues después de las evaluaciones se llegó a la muy triste conclusión de que el niño no compartiría más atardeceres con su madre, ni podría complacer los sueños lejanos de su padre. El pequeño estaba respirando las últimas bocanadas de aire, que bien podrían ser consideradas como las primeras.

En sus ojitos entreabiertos ya se sentía la pesada mano de la muerte y su llanto se asemejaba más a una canción de dolor y despedida, que a una simple enfermedad. Si el alma tuviese color, esta sería de color púrpura; y si el lamento tuviese traducción, este diría no entender el porqué de tan pocos días, si le habían parecido cálidas las mañanas, bellos los atardeceres y fantásticas las noches estrelladas.

La madre acongojada por la noticia y con la razón extraviada por el dolor, le dice al médico que pedirá un segundo dictamen y una segunda opinión profesional. El médico indignado por la desconfianza de la madre, pero comprendiendo el dolor de la misma, le responde:

—Señora, conozco a todos los médicos de la región y le aseguro que ningún profesional de la salud osaría, con los exámenes que tenemos, en reprobarnos mi dictamen. Sin embargo, cuénteme cómo se llama el doctor del que me habla y en el que parece confiar tanto.

La madre, con sus ojos tristes y anhelantes, la voz cortada de tanto llorar y su rostro desfigurado de tanto padecer, solo logró responder suave, tierna y serenamente...

—Dios. Esa es la segunda opinión que quiero.

Al médico le pareció curiosa la respuesta y con un ademán como el que utilizan aquellos que saben que la causa ajena está perdida y que la esperanza es ciertamente hermana de la desesperación, decidió retirarse en silencio.

Han transcurrido ya treinta y tres años desde aquel penoso y muy amargo día; mi madre y mi padre ya han muerto, el buen creador los cubra con su santo brazo, pero el médico aquel aún vive y ayer estuvo en mi consultorio. Tristemente le di la noticia de que padecía una enfermedad mortal y que ahora sus días habían llegado al cenit mismo de la existencia. Asombrado quede cuando me dijo:

—Quiero pedir una segunda evaluación médica.

Ante la evidente desconfianza de uno de mis colegas y paciente, le pregunté.

—¿A qué doctor visitarás? Tal vez yo le conozca... e incluso, pueda hablar por ti.

Aquel hombre, cuyos quebrantos de salud ya eran evidentes, miró a mis ojos, como si el paciente terminal fuera yo, y me respondió.

—Hace más de treinta años, cuando tú solo eras un bebé y tu alma habitaba el lugar de donde vienen los niños, dictaminé tu enfermedad e incluso, le pronostiqué a tu humilde madre que tus días eran ya escasos y que las bocanadas de aire que llegaban a tus pulmones eran las últimas. Pero ella, en su infinita fe, buscó una segunda opinión y salvó tu vida.

Que irónico es el destino y que frágil la memoria humana; triste resulta a mi entender que hubieses olvidado la segunda opinión de tan excelente doctor e increíble me parece que ahora sea yo, en medio de mi infortunio y mi fatalidad, quien busque su dictamen.



Corrupción

Crecí en un modesto vecindario al sur de mi ciudad natal, fue realmente un buen lugar para vivir. Estudié en la escuela oficial, donde años atrás lo habían hecho mis hermanos mayores, mis tíos y mis padres; fue increíble saber que sus maestras también fueron mis maestras, en gran medida por eso todos sabíamos las mismas cosas e ignorábamos otras tantas. Allí tuve dos grandes amigos de infancia, quienes además de ser hermanos eran gemelos.

Como la mayoría de los niños en la escuela, uno se llamaba Pedro y el otro se llamaba Juan. El primero siempre se caracterizó por ser tímido, callado y muy introvertido; el segundo en cambio, era vivaracho, perspicaz y bien sea dicho de paso, mentiroso y muy amigo de lo ajeno. Esos fueron mis grandes amigos en la escuela.

Cuando estábamos cercanos a cumplir los doce años de edad y éramos más amigos que nunca, se marcharon sin decir adiós, sin ninguna palabra, sin explicación alguna y sin nada de abrazos. Fueron días tristes para mí. Luego de varios años me enteré del motivo de su partida y entonces comprendí el porqué de su silencio y el afán de su salida.

Ya ha transcurrido mucho tiempo desde aquel incidente y ahora los tres estamos cercanos a los treinta y tres años de edad. Ayer nos reunimos para cenar y rememoramos aquellos hermosos días.

Pedro, a quien recordaba por sus particularidades de infancia, comentó que había sido acusado de robo, falsedad en documento público y tráfico de influencias, pero que ya todo estaba bien y que su labor como alcalde marchaba perfectamente, incluso me ofreció ser el secretario de salud del municipio, aunque él sabe muy bien que soy maestro de escuela.

A su vez, Juan, a quien yo también recordaba por sus características de infancia, se había convertido en un prestigioso banquero y un respetado hombre de negocios; inclusive, prometió ayudarme con la refinanciación de la deuda de mi casa, tan solo me solicitó entregarle las escrituras de la escuela, los certificados de propiedad de la misma, algunos otros documentos más y los datos referentes a la nómina de todos los empleados.

Definitivamente —pensé para mí— ¡qué bueno es estar rodeado de buenos amigos! ¡Y qué importante experimentar la sensación de seguridad que otorgan aquellos que tienen influencias!



Metáfora

En cierta ocasión, un humilde maestro de filosofía, de aquellos que se llaman a sí mismos desafortunados, caminaba cabizbajo y melancólico; en su más íntima esencia maldecía una y otra vez su pobreza, su infortunio y su desventura. Luego de un rato de reproches decidió pedirle a la vida, con la poca fe que le animaba, una sola, tan solo una sola pequeña y amarilla moneda de oro que acaso algún desprevenido transeúnte hubiese perdido, y le alejara de su pena, su amargura y su desdicha.

Así, se pasó toda la mañana buscando pequeñas y amarillas monedas de oro en el suelo; y cuando era ya el mediodía y su cuerpo clamaba por un poco de descanso, nuestro amigo, ya jadeante y agobiado por la sed, el hambre y la necesidad, gritó al cielo con fuerza, ímpetu y esperanza; gritó con tanta fuerza que su debilitado cuerpo no atinó sino a caer al suelo... Pero, cuán grande sería su sorpresa cuando desde el piso y con su rostro al cielo logró, por vez primera, contemplar la más grande y amarilla moneda que cualquier menesteroso se hubiese imaginado... Desde entonces, nuestro necesitado amigo deambula con otra postura y otra apariencia por la ciudad, y entre tanto y tanto, le pregunta a aquellos habitantes que transitan cabizbajos:

—¿Todavía indagas con el conocimiento y el saber de este mundo por aquellos asuntos que le son propios a otros mundos? ¿Crees y te jactas creyendo que tus respuestas se asemejan más al fino y poderoso mármol que a los caprichosos cambios y al devenir fluyente de los vientos y las aguas? ¿Aún te asusta la canción de la incertidumbre, el titubeo y la vacilación, pues el goce que tranquiliza a tu más íntimo yo, habla el lenguaje de lo seguro, lo irrefutable y lo incuestionable?

—Este hombre está loco —decían los afanados transeúntes. A lo que nuestro amigo responde para sus adentros:

—Maestro, filósofo, humilde y ahora... loco. Pero, loco, humilde, filósofo y maestro feliz.



Memoria

Curiosamente cada vez que acudía al mercado en busca de alguna especia o una fina hierba, me topaba con la misma escena, con los mismos protagonistas y en idénticas circunstancias. Eran dos hombres compartiendo un diálogo a la sombra de una taza de café. El más viejo de ellos, quien a su vez era maestro del más joven, siempre hablaba, mientras que el más joven escuchaba y de cuando en vez parecía refutar las ideas de su interlocutor y maestro. Ayer, por esas cosas del azar y del destino, fui testigo mudo de la conversación que se tejía entre ellos:

- Ciertamente, amigo mío, confía en mis palabras y en mi experiencia; cree en aquellas cosas que te digo y no olvides aquello que relato. Pues la vida resulta ser más clara a mi comprensión que a tu joven entendimiento* —le decía el viejo maestro a su joven estudiante, quien por sobre esa condición era su amigo.
- No osaría en contrariar tu dictamen, tampoco emprendería una batalla contra aquellos juicios que emanan de tu saber, pues sabes que confío en tus criterios y tengo fe en tus enseñanzas* —le respondía el hombre joven a su viejo maestro, quien además era su mejor amigo—. *Por lo que significas para mí, por todo lo que representas y por el infinito respeto que te prodigo, he de confesarte algo: ayer, en el cenit del día, cuando había menos luz por sobre el horizonte, se me acercó aquella hermosa mujer a quien tanto amas; susurró palabras dulces a mis oídos, se refirió a mi ser interior en bellos términos, prometió amarme en la oscuridad de la noche y finalmente en la oscuridad de la noche me amó. Nunca antes sentí tal tristeza luego del placer experimentado por tan solo minutos, ni tampoco sentí tal vergüenza luego de la contemplación de una belleza que me era ajena y distante.*
- La confesión que me refieres, mi joven amigo, se torna en un insondable abismo entre ambos, pero antes de nuestro definitivo distanciamiento, también yo he de confesarte algo: mis palabras no nacieron siempre de la sabiduría y la experiencia, sino también del temor y del miedo; mis consejos no emanaron únicamente de mi comprensión y mi agudeza, sino también de mis prejuicios y mis manías; las palabras que tanto degustaste, no brotaron exclusivamente de mi genialidad y mi ocurrencia, sino también de mis vagancias, holgazanerías y vejaciones. Así, amigo mío, resultas ser*

tan traidor como tan engañador he sido contigo; te propongo entonces terminar esta última taza de café y abandonarnos a la memoria del otro, pues el dolor que me embarga es grande y la tristeza ya se sienta a nuestra mesa.

Han acaecido muchos días desde que escuché aquella conversación; ayer estuve de nuevo en aquel mercado y sin desearlo me enteré, por labios de un vendedor, de la muerte del hombre más joven y de la enfermedad padecida por el hombre más viejo; es pérdida de memoria... me decía el mercader mientras me señalaba, con su dedo índice, a un hombre viejo sentado a la mesa.

—*Buenos días anciano* —le dije, mientras intentaba acercármele y robarle tan sólo algunas palabras.

—*Buenos días forastero* —me respondió y luego, mientras su mirada se alejaba de mis ojos, dijo—: *te contaría una historia, pero no tengo historias para ser contadas; te relataría una proeza del ayer, pero el tiempo presente me ha arrebatado el tiempo pasado; te narraría algo de mi más íntima esencia, pero mi esencia es no poder narrarte nada... solamente recuerdo a un viejo y muy querido amigo, cuando recuerdo a una joven y hermosa mujer que amé; aun así, si deseas sentarte, podríamos compartir un café.*



Buenos deseos

Desde hacía muchos días tenía ganas de hablar con mi papá, de enfrentarlo cara a cara, de mirarle fijamente a los ojos y decirle que me parecía, apenas justo y necesario, me hiciera el mismo obsequio que le hizo a mi hermano mayor, a saber, una nueva y hermosa motocicleta. Soñé con ese momento, con esa instancia en la que yo, apenas de unos quince años de edad, enfrentaría a ese hombre maduro y mal humorado, quien había tenido tan bello gesto para con su primogénito y en cambio, había demostrado su tacañería y avaricia para con su hijo menor.

Luego de varios días de pensar una y otra vez en cómo plantear dicha conversación y cuando mis fuerzas para enfrentar a aquel hombre silencioso, tosco y taciturno, parecían desaparecer, ocurrió el milagro, la vida mostró su mejor rostro y mi papá, luego de mirarme unos segundos, segundos en los experimenté el temor que otorga siempre una nueva oportunidad y la oportunidad que genera siempre un nuevo temor, me dijo:

—*Creo que desde hace días me quieres decir algo... ¿o me equivoco?* —En el tono de su voz habitaba la fuerza de aquellos que saben que su interlocutor está perdido, en sus gestos y ademanes vivía la serenidad propia que poseen aquellos que se saben ganadores y en su cara se dibujaba una sonrisa en la que se fusionaban el juego inocente y la burla grosera.

—*Sí, sí señor... así es señor, claro que sí papá... desde hace días te quería decir algo.* —En el tono de mi voz también se alcanzaban a leer muchas cosas, sobre todo... el miedo.

—*Pues bueno, diga pues haber.* —En ese “diga pues haber”, frase que utilizaba con frecuencia y repetía cada vez que la vida le daba la oportunidad, yo me sentía como aquellos hermosos venaditos que muestran en la televisión, justamente antes de ser devorados por un hambriento animal salvaje.

—*Papá... lo que pasa es que yo, yo, yo...* —Y luego de otros yo y muchísima fuerza de voluntad; fui capaz de construir está frase—: *Papá, lo que pasa es que yo quiero saber usted por qué le regaló una moto nueva a mi hermano y a mí no me dio nada.*

—*Porque sí y punto* —respondió en tan solo una milésima de segundo, no pensó en mi lentitud para hablar y en cambio yo, de alguna rara y extraña manera, me admiré por su velocidad para responder. Hasta ahí llegó aquel hermoso diálogo con el hombre que aportó su material genético para traerme, con ayuda de mi mamá, a este injusto, desigual y sobre todo inequitativo mundo.

Algunas semanas después y con mi anhelo intacto por conseguir una motocicleta, ojalá mejor y más bella que la de mi hermano, el profesor de filosofía del colegio, además director de grupo, nos sorprendió a todos cuando comentó que el colegio rifaría en los próximos días una nueva y hermosa motocicleta. La verdad es que el profesor solo dijo nueva, lo de hermosa lo ponía yo para que fuese más bonita que la de mi hermano.

—*¿A cómo son las boletas profe?* —le pregunté con ojos de esperanza e ilusión al muy desesperanzador y desilusionador profesor.

—*A mil pesos Agudelo, ¿cuántas va a llevar? ¿Y por qué tan poquitas?* —me dijo sonriendo.

—*No profe, hoy no voy a comprar, pero mañana que traiga plata al colegio lo busco y me llevo varias boletas; entre ellas la ganadora obviamente, espere y verá* —le dije.

—*En ese caso, lo espero mañana Agudelo y recuerde que precisamente mañana es el último día de venta de estas benditas boletas.*

Aquella noche, a diferencia de otras noches, esperé con inusuales ansias a mi papá para comentarle lo de la rifa y para decirle que, si bien él no me quería dar la moto, sería el destino quien me otorgaría tan maravilloso obsequio. Pero cuál sería mi descontento, mi angustia y mi tristeza cuando le advertí llegar, además de a muy altas horas de la madrugada, totalmente borracho y en un tremendo estado de enajenación.

Intenté explicarle en varias oportunidades lo de la rifa, lo de la moto, lo de la rifa de la moto y lo de la moto que rifaban... pero, todo fue inútil. En serio que quise explicarle muchas veces. Hasta que luego de otros tantos intentos fallidos por dialogar civilizadamente con mi progenitor, tuve que hacer lo que no quería hacer, sacarle sin su consentimiento cinco mil pesitos para cinco boletas. No lo consideré como un robo, sino como un adelanto de mi mesada; luego le diría que fue la necesidad del momento y la urgencia de la situación la que me había llevado a experimentar tan penosa realidad; pensé también que él comprendería cuando viera la hermosura de moto que me había ganado; incluso pensé que él me perdonaría lo de los cinco mil pesitos y que luego de un enojo menor daríamos, como padre e hijo, un agradable paseo en mi nueva moto... nueva y hermosa.

A la mañana siguiente, al llegar al colegio busqué, como nunca lo había hecho, a mi profesor de filosofía y le dije en tono valiente y altivo:

—Profe, buenos días, ¿cómo está? Hágame el favor y me vende cinco boletas que me voy a ganar la moto.

—Buenos días Agudelo, claro que sí; aquí tiene sus cinco boletas. Los números que le corresponden son: la 172, 173, 174, 175 y la 176. —En su voz logré advertir la indiferencia propia de aquel que no se alegra con la victoria ajena.

—Muchas gracias profe, pero pensándolo bien véndame solamente cuatro —le dije en tono claro y serio; como el que utilizan los grandes hombres de negocios. Para mis adentros pensé en comprar aquellas cuatro boletas e invertir los otros mil pesos en una gaseosa y un pastel de guayaba, con el que hacía días había fantaseado. Realmente me sentí un negociador exitoso, pues no solamente conseguí las boletas, sino que también logré disfrutar de un delicioso manjar, a muy buen precio.

—Como usted quiera Agudelo, aquí tiene entonces sus cuatro boletas, que corresponden a los números: 172, 173, 174 y 175. ¡Mucha suerte pues mijo con esa rifa y qué le vaya muy bien!

Esperé ansiosamente por el día de la rifa, soñé lenta y plácidamente con mi llegada triunfal a casa montado en mi nueva y hermosa motocicleta, añoré ver la cara de mi hermano, pero por sobre todo, anhelé ver el rostro incrédulo y apático de mi papá. Cuando llegó por fin el tan esperado día, éramos más de mil cuatrocientas almas esperando un único ganador. Lejos, en la tarima, y junto al agreste y mal humorado rector, logré advertir la moto... de verdad era nueva y más hermosa que la de mi hermano.

Mientras que el tosco y casi siempre descortés rector hablaba, saludaba, volvía a hablar y a saludar de nuevo a los que no había saludado antes, yo me dediqué a reír con las historias de mi buen amigo Miguel Ángel, reímos tanto y tanto que por un momento no recordé ni donde estaba. No pasaron ni dos minutos para que el profesor nos llamara la atención solicitando silencio y respeto durante el extenso discurso del rector, pero como en el colegio todo es así, no habían pasado treinta segundos para que mi buen amigo y yo estuviésemos riendo de nuevo, esta vez con más ganas y más fuerzas. En serio que Miguel Ángel y yo nos alejamos del mundo, nos desaparecimos de la realidad y nos fuimos de paseo por aquellas historias en las que peregrina uno cuando tiene quince años de edad; de repente un grito, fuerte y severo, nos trajo de vuelta a la realidad. Era una voz atronadora y estruendosa que decía:

¡Agudelo, Agudelo, Agudelo...!

—*¡Agudelo!* —dije para mis adentros—, *¡Agudelo soy yo... yo! ¡Ay, Dios mío!, ¡gracias, me gané la moto!, ¡bien... que alegría!* —Realmente me emocioné mucho. Me puse de pie como si me hubiese tragado un resorte, recorrí todo el patio del colegio, atravesé el lugar mientras más de mil cuatrocientos estudiantes miraban mi trayectoria, subí a la tarima acaricié la motocicleta, le di un abrazo al rector y levanté los brazos mientras me persignaba mirando al cielo. Fue en ese preciso momento en el que me percaté de que algo no estaba bien, pues todos permanecían muy callados y el rector me miraba con unos ojos de sorpresa y una mirada de espanto.

—*¡Qué energía señor Agudelo, para recibir un regaño y un llamado de atención en público, realmente me deja usted perplejo!*

—*¿Regaño?, ¿llamado de atención?... cómo así, ¿no me gané la moto?* —Pensé en lo más profundo de mi alma. En ese momento, les juro que escuché algo aterrador, más de mil cuatrocientos estudiantes, más de setenta profesores y más de treinta invitados al evento, se rieron de mí; todos ellos rieron al mismo tiempo y durante varios minutos... que bien sea dicho de paso, para mí fueron una eternidad. Después de semejante asunto, el señor rector, viendo mi desoladora mirada, mi quiijotesca figura y mi tristeza a flor de piel, me dijo:

—*Bueno señor Agudelo, ya que se encuentra aquí en la tarima, aprovechemos la oportunidad y saque usted la boleta ganadora, hágale mijo... dele la suerte a uno de sus compañeros.*

En esos cortos instantes oré con mucha fe y en medio de las más grandes esperanzas, le imploré al buen Dios que me diera la oportunidad, ahora sí, de ganarme esa moto; ya no tanto por lo bonita, ni por ver la cara de mi hermano y de mi papá, sino para alejarme de semejante y brutal vergüenza.

—*Claro que sí señor rector, con gusto sacaré la boleta ganadora* —dije en tono casi imperceptible...

Aquí sí que recé bastante, le metí toda la fuerza a esa oración instantánea; luego introduje la mano en una bolsa negra de basura y toqué todas las hojas, esperando hallar aquella que me libraré de semejante tristeza; por fin elegí una hoja y sin mirarla se la entregué al profesor de filosofía, quien era el encargado de anunciar el nombre del feliz ganador. El profesor me miró tiernamente, como queriéndome ayudar a superar tan penoso tránsito, pero luego de observar con detenimiento la hoja ganadora, su mirada cambió e incluso su rostro experimentó un gesto y un ademán de asombro; permaneció en silencio unos instantes y luego de verme a los ojos, como queriéndome decir algo, anunció el número ganador.

—*Buenos días queridos estudiantes, el número ganador de esta nueva y hermosa motocicleta, es el... cien... ciento setenta... ciento setenta y...ciento setenta y seis. Mil felicidades al ganador.*



Reconciliación

Acaeció que en cierta oportunidad, una hermosa y joven mujer, quien engañaba a su esposo desde antes del primer día de su matrimonio, se lamentaba, una y otra vez, por su infortunio y su desdicha. El esposo, que bien sea dicho de paso, tenía fama y prestigio de granuja, mentiroso y sofista, también se quejaba por el destino que le había correspondido.

Luego de cada discusión, entre nuestra cuestionada pareja, llegaba una reconciliación y después de esta, una nueva y más fuerte disputa. Así fue durante mucho tiempo. Un día, en medio de una acalorada pelea, la esposa golpeó con una enorme, gruesa y pesada Biblia, al pobre cónyuge en la cabeza; de tal suerte que este cayó inmediatamente al piso y para su desgracia y desventura vino a recibirle una gran roca que había en el suelo; el pobre tipo permaneció inconsciente varias horas y para sorpresa de su esposa, cuando la víctima de semejante garrotazo religioso despertó, para admiración y asombro de todos, estaba convertido en todo un caballero; su lenguaje era distinto, al igual que el trato para con su mujer, dejó de mentir y su condición de granuja pasó a ser un recuerdo olvidado; increíblemente el hombre se había transformado en todo aquello que la mujer siempre había deseado.

Hoy se les puede ver recorriendo las calles del pueblo, tomados de la mano y compartiendo gestos y ademanes de gratitud y benevolencia; ella le sigue engañando con otros hombres y de cuando en vez le propina, sin excusa alguna y con la misma enorme, gruesa y pesada Biblia un garrotazo en la cabeza a su querido esposo, pues sin lugar a dudas, dice ella; no quiere perder la compañía de un hombre tan adorable.

Bibliografía

Acaso, M. (2013). *Reduolution: hacer la revolución en la educación*. Barcelona, España: Paidós.

Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili.

Bárcena, F. (2004). *El delirio de las palabras*. Barcelona: Herder.

Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona, España: Gedisa.

Bedoya, J. (2000). *Pedagogía ¿Enseñar a pensar?*. Bogotá: Ecoe.

Benedicto XVI. (2007). *Jesús de Nazaret*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

Betancur, C. (2009). *Filosofía de la educación*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Bettelheim, B. (2010). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona: Crítica.

Blanchot, M. (2002). *La comunidad inconfesable*. Madrid: Arena Libros.

Blejmar, B. (2007). *Gestionar es hacer que las cosas sucedan*. Buenos Aires, Argentina: Novedades educativas.

Bordelois, I. (2003). *La palabra amenazada*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Baudrillard, J. (1999). *El intercambio imposible*. Madrid: Cátedra.

Camps, V. y Giner, S. (1998). *Manual de civismo*. Madrid: Ariel.

Castoriadis, C. (1998). *El ascenso de la insignificancia*. Madrid, España: Cátedra.

Ciurana, R. (2008). *Introducción a la filosofía de las ciencias humanas y sociales*. Manizales, Colombia: Universidad Católica de Manizales.

- Epicuro. (1998). *Sobre la felicidad*. Bogotá: Norma.
- Epicteto. (1995). *El arte de vivir*. Bogotá: Norma.
- Flórez, R. (1999). *Evaluación, pedagogía y cognición*. Bogotá, Colombia: McGraw Hill.
- Freire, P. (1993). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Gadamer, G. (2004). *Verdad y Método*. Salamanca, España: Salamanca.
- Khalil, G. (1988). *El profeta*. Bogotá: Círculo de Lectores
- Kelsen, H. (2014). *¿Qué es la justicia?* Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Lévinas, E. (2008). *La filosofía como ética*. Valencia, España: Universidad de Valencia.
- Ley General de Educación 115. (1994). Recuperada de http://www.mineducacion.gov.co/1621/articulos-85906_archivo_pdf.pdf
- Lipman, M. (1998). *La filosofía en el aula*. Madrid: Ediciones de La Torre.
- Mateos, Z. (1998). *La filosofía en la obra de Jorge Luis Borges*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Max-Neef, M. A. (1998). *Desarrollo a escala humana*. Barcelona: Icaria.
- Macías, L. (2007). *El cuento es el rey de los maestros: Antología de cuentos de intención o motivos pedagógicos*. Colombia: Secretaría de Educación Municipal.
- Meirieu, P. (2011). *Carta a un joven profesor*. Barcelona: Graó.
- Mélich, J. (2002). *Filosofía de la finitud*. Barcelona, España: Herder.
- Morín, E. (1999). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. París, Francia: Unesco.
- Morín, E. (2001). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*, Madrid: Paidós Ibérica.
- Ochoa Moreno, E. (31 de diciembre de 2011). El treinta y dos de diciembre. *El Colombiano*, opinión.
- Platón, (1988). *El Cratilo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sacristán, J. G. (1995). *El curriculum: una reflexión sobre la práctica*. Madrid, España: Morata.

Steiner, G. (2004). *Lecciones de los maestros*. México: Siruela.

Taba, H. (1983). *Elaboración del currículo: teoría y práctica*. Argentina: Troquel.

Terrén, E. (1999). *Educación y modernidad. Entre la utopía y la burocracia*. Barcelona, España: Antropos.

Thoreau, H. (2005). *Del deber de la desobediencia civil*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Wagensberg, J. (2006). *A más cómo menos por qué*. Madrid, España: Ciencia (NF).

Zambrano, A. (2002). *Los hilos de la palabra*. Cali, Colombia: Artes Gráficas del Valle.

Información del autor

José Federico Agudelo Torres

Es Licenciado en Filosofía y Magister en Educación, actualmente se desempeña como docente de tiempo completo en la Facultad de Educación y Humanidades de la Fundación Universitaria Luis Amigó y hace parte del grupo de investigación “Educación, infancia y lenguas extranjeras”. Entre sus publicaciones se encuentran: De la pedagogía de la no-verdad a la pedagogía de la justicia, posibilidades en devenir del maestro contemporáneo: una apuesta por la educación y la democracia, La evaluación escolar: una oportunidad para pensar el rol del maestro desde sus polisémicos lenguajes, La evaluación escolar: un asunto entre encuentros y desencuentros, De la evaluación y la teoría de sistemas, entre otros.

Ha sido partícipe en investigaciones tales como: Sistemas institucionales de evaluación de aprendizajes: una oportunidad para la evaluación auténtica (Proyecto de investigación auspiciado por la Asociación Colombiana de Facultades de Educación. ASCOFADE), Del Bullying y otras manifestaciones de inequidad en la escuela: una oportunidad para la formación de licenciados en la Facultad de Educación y Humanidades de la Fundación Universitaria Luis Amigó y Haz de relaciones cartográficas: formación de maestros y educadores en Antioquia.

Correo electrónico: jose.agudeloto@amigo.edu.co.



Medellín
2016